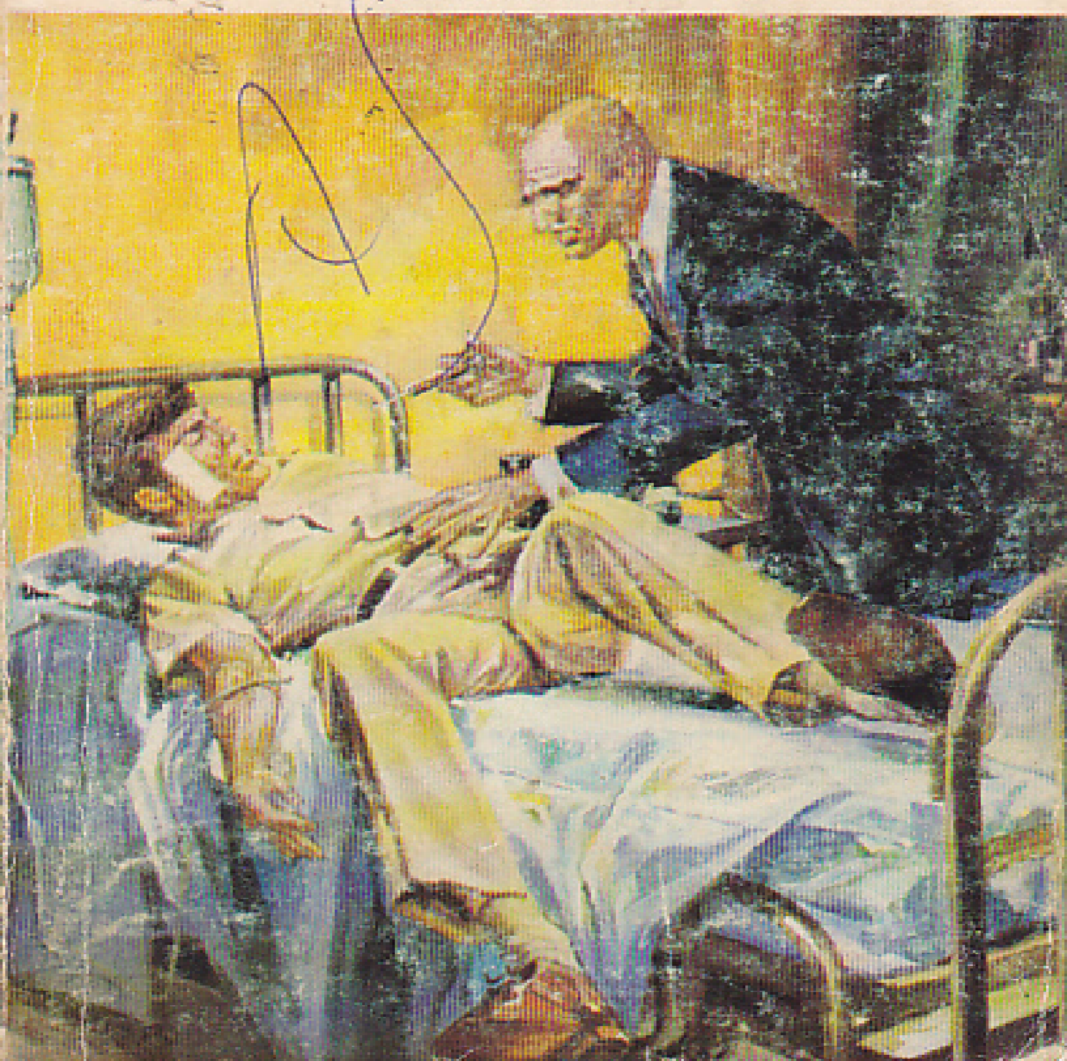


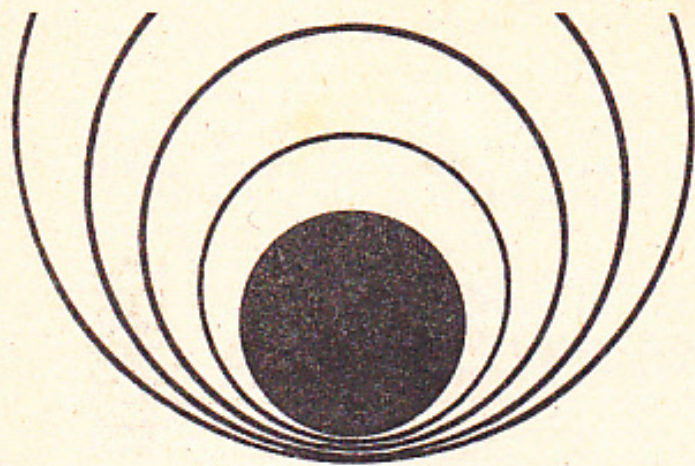
BOLEBROS
BRUGERA

PUNTO
ROJO

DOCTOR ESTRICNINA

Kelltom McIntire





PUNTO ROJO



KELLTOM McINTIRE
DOCTOR ESTRICNINA

Colección PUNTO ROJO n.º
1.053 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483. — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

1.046. — La justicia está hecha.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.612. — Pregunten a Johnny Almeida.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988. — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170. — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949. — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867. — El largo camino hasta Albuquerque.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 15.431-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1982

2.a edición en América: diciembre, 1982

© Kelltom McIntire - 1982

texto

© García -1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S,
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona -
1982

CAPITULO PRIMERO

Se había fumado ya no menos de siete cigarrillos desde que llegara a las instalaciones de la Morgue.

De cuando en cuando, Peter se asomaba a la puerta que nos separaba y trataba —inútilmente— de ver lo que yo hacía. Era inútil, puesto que el cristal de la puerta era esmerilado y apenas permitía ver otra cosa que las confusas siluetas de mi ayudante y mía.

Se había fumado tantos cigarrillos porque se sentía muy nervioso e inquieto. Peter Caswell es inspector de policía y estaba investigando la muerte de la señora Bárbara Clyder, una mujer de unos sesenta años.

Era un caso extraño. O, mejor dicho, Peter sospechaba que se trataba de tres raros casos relacionados entre sí.

Me explicaré: para el joven inspector Caswell, el asunto estaba resuelto desde el principio. El creía firmemente que la señora Clyder había sido asesinada.

En principio no había ningún indicio que relacionara la muerte de la señora Clyder con las de otros dos viejos caballeros, ocurridas anteriormente.

El señor Anthony T. Cohen había sido hallado muerto en su pisito de Collier Street hacia finales de julio. A primeros de septiembre, la policía halló el cadáver de otro hombre de mediana edad: Alfred Thomas, coronel retirado de sesenta y ocho años de edad, cuyo cadáver, casi corrompido se encontraba en el baño de su lujosa residencia campestre de Sharon Hill.

Como he dicho, no existían razones concretas para sospechar que la señora Clyder hubiera sido víctima de un asesinato. Como forense, sé por experiencia que muy a menudo la muerte se presenta sin avisar.

Pero Peter insistía tercamente:

—Es un asesinato, doctor. *Lo sé.*

—Pero ¿por qué? Esa no es una respuesta concreta —argüí yo en aquella ocasión.

—Mire, doctor Palmer: el cincuenta por ciento de las investigaciones que llevo a cabo basan su éxito en mi intuición.

—¿Quieres decir que... estás seguro de que el caso Clyder es un asesinato... sólo porque lo intuyes? —hube de preguntar, profundamente asombrado, estupefacto.

Caswell asintió, tenaz:

—Exactamente. Por intuición. Pero no se trata sólo de mi capacidad intuitiva: existen otros indicios, hechos que correlacionan los casos Cohen-Thomas y Clyder.

—Explícate —demandé.

Esbozó un característico ademán de impaciencia.

—Mire —jadeó—: esos tres viejos se parecían en muchas cosas. Tanto el señor Cohen, como el coronel Thomas y la señora Clyder estaban enfermos. No de gravedad, ciertamente, pues sólo padecían los achaques de la llamada «tercera edad», pero delicados y dolientes al fin y al cabo. Los tres tenían caracteres irascibles, impertinentes. Se quejaban continuamente y cansaban a asistentes, enfermeras y parientes...

—¿Y qué más?

—También eran ricos. La vieja Clyder poseía acciones por valor de varios cientos de miles de libras; el coronel Thomas tenía pisos de alquiler y varias fincas campestres y el señor Cohen dirigía un importante negocio de exportaciones e importaciones.

—¿Y eso es todo? ¿Hay suficiente con esos elementos para asegurar que los tres fueron asesinados? Porque sospecho que tú piensas eso.

—Acierta, doctor Palmer: pienso que los tres fueron asesinados.

—Y el asesino, lógicamente, tendría que beneficiarse de sus riquezas —insinué.

Por un momento, Peter Caswell se mostró desorientado.

—No lo sé. Tengo que investigar en esa dirección —respondió.

Y ahora estaba allí, al otro lado de la puerta, fumando un cigarrillo tras otro, atisbando inútilmente a través del cristal esmerilado de la puerta que nos separaba y paseando sin cesar de un extremo a otro de la salita de espera inmediata.

Mi ayudante, el doctor Dave Goodmaker, y yo estábamos llevando a cabo la tarea de establecer, mediante la autopsia, si el inspector Caswell tenía razón o no.

Confieso que estimo mucho a Peter. Aunque diez años más joven que yo —él tiene veintiocho—, compartimos muchos criterios y afanes. Sin embargo, mi estimación no se debe a tal coincidencia.

Le admiro, simplemente, porque Peter fue capaz de escapar —con voluntad inaudita— a un destino más que problemático.

Me explico: Peter es hijo de un estibador portuario y de una prostituta de Limehouse, muertos ambos hace ya muchos años.

De niño, Peter se crió en un ambiente malsano y corrompido. Después murió su padre —su madre se desentendió del niño desde el principio— y Peter fue recogido por la beneficencia pública.

A los siete años se escapó del orfanato huyendo de las constantes palizas a las que le sometía un preceptor excesivamente rígido y cruel. Durante dos años, Peter vagó a sus

anchas por los barrios más infectos y peligrosos. Escamoteó, hurtó, robó... para subsistir. Hasta que tropezó con el padre Kirkpatrick.

Este encuentro me lo describió con toda clase de detalles el propio Peter Caswell: Se había introducido una noche en la iglesia de Saint Christopher con la decidida intención de romper el cepillo de las limosnas para el culto y arramblar con todos los peniques que contuviera la caja de madera.

Y así lo hizo. Pero una vez hubo cargado sus bolsillos de pequeñas monedas, Peter *no supo cómo salir* del templo, que se convirtió para él en una ratonera.

Inútilmente, trató de descorrer el pesado cerrojo interior de la puerta de la iglesia. Débil, enflaquecido, no tuvo fuerzas para escapar y tras forcejear desesperadamente durante unas horas, se quedó dormido sobre un banco del templo.

Y allí le encontró el padre Kirkpatrick a la mañana siguiente.

Peter debió llevarse un terrible susto cuando despertó, pues halló ante él, de improviso, la recia figura del sacerdote irlandés, famoso por sus músculos y la solidez de sus descomunales puños de antiguo boxeador.

El niño tembló de puro miedo. Desde que tuviera uso de razón había recibido demasiados castigos como para no temer que el cura de Saint Christopher fuera uno más *de ellos*.

Si el padre Kirkpatrick no hubiera tenido compasión —y comprensión—, Peter se hubiera torcido para siempre.

Pero cuando el niño trató de escapar, como un ratoncillo asustado, el sacerdote no le persiguió. Por el contrario, se echó a reír y exclamó:

—Vamos, no tengas miedo, pequeño. Y ven conmigo a desayunar. Tú no necesitas un puñado de peniques. Lo que necesitas por encima de todo es un buen desayuno.

El niño se fue tranquilizando poco a poco. En su mente infantil se fue abriendo paso una certidumbre: el cura de Saint Christopher no era uno *de ellos*. De los que le habían martirizado a lo largo de sus tiernos años.

Porque Kirkpatrick, lejos de castigarle le trató como a un hijo, le alimentó, le lavó, le vistió y le entregó una sotana de monaguillo.

A Peter le encantó aquella confianza:

—Después de que he intentado robarle, ¿todavía tiene confianza en mí? —exclamó, desconfiado.

—Pues claro que sí, hijo. Sé que eres un buen muchacho. Sólo es preciso que alguien se ocupe de ti.

La «técnica» del padre Kirkpatrick no podía ser más elemental: amor. Y, por supuesto, dio excelentes resultados.

Peter no sólo no tocó un solo penique del cepillo, sino que comenzó a asistir regularmente a la escuela y se convirtió en un excelente monaguillo. Los feligreses estaban encantados con él y le hacían pequeños regalos y propinas, que Peter entregaba religiosamente al padre Kirkpatrick, el cual fue depositando aquel dinero en una cuenta de ahorros.

Peter creció. Fue a la escuela secundaria y luego a la Universidad. Hizo Psicología y Técnica Policial y luego ingresó en el Yard.

A sus veintiocho años, Peter Caswell era un buen policía. Se había casado y tenía un hijo de corta edad.

Empecé a interesarme por él a raíz del caso Templeton. Se trataba de un adolescente que había cometido varios robos de drogas en farmacias y, finalmente, fue detenido y acusado de violación —frustrada— de una joven de veintidós años.

Caswell había llevado el caso con tacto exquisito. Investigó los antecedentes de Johnny Templeton y descubrió que la infancia del chico era paralela a la suya propia. Y logró convencer al juez de que Templeton se perdería irremisiblemente si le condenaban por varios años a una de las prisiones abarrotadas de criminales endurecidos e irrecuperables.

Consiguió que Johnny fuera ingresado en un reformatorio modelo, por dos años. Antes de que se cumpliese aquel plazo, Templeton era liberado sin condiciones a instancias del propio juez: Caswell, con su comprensión y dedicación había conseguido recuperarlo para la sociedad, pues el joven había cambiado por completo. De delincuente peligroso se había convertido en dos años en un excelente electricista y en un joven consciente y respetuoso.

Pero Peter no sólo se interesó por Johnny Templeton. Analizaba cada caso, cada circunstancia, y obraba con rigor y templanza.

Esto no quiere decir que fuera un policía tibio, excesivamente «tierno». Ni mucho menos. Peter sabía operar con toda inflexibilidad, si llegaba el caso.

Fuera se oyó una tosecita. Era Peter, que apenas podía aguantar la impaciencia. Bueno, la tosecita también se debía a que fumaba con exceso y sus bronquios y pulmones se resentían un poco.

CAPITULO II

La autopsia del cadáver de Bárbara Clyder no ofrecía demasiadas dificultades. En principio.

Los síntomas apuntaban a una primera conjetura: ataque cardíaco. Y en esa dirección trabajamos desde el primer momento el doctor Goodmaker y yo.

Bueno, creo que ya he dicho que Dave Goodmaker es mi ayudante en la función forense. Tiene unos treinta años, es delgado y un tanto nervioso, pero también un cirujano de primera categoría y una excelente persona.

Aún no sé por qué no se ha casado: según he podido comprobar tiene bastante partido entre las mujeres. Por otra parte, estoy seguro, ni rastro de desviación sexual en su conducta.

Como tenemos suficiente confianza y camaradería, le he preguntado a veces por qué no se casa.

Su respuesta suele ser invariablemente la misma:

—Estoy demasiado ocupado con mi trabajo. Por otra parte... ¿por qué no te casas tú?

—Yo ya me casé una vez. Como sabes, mi esposa murió en accidente de aviación cuando volvía de realizar un viaje de estudios a Estados Unidos. De modo que...

—No importa. Aún estás en edad de casarte —suele aducir—. Eres un excelente profesional, con una buena planta física y una envidiable situación económica. Y mujeres no te faltan, conquese...

Le he explicado en ocasiones mi personal punto de vista: amé demasiado a Gladys como para intentar una relación con otra mujer. Gladys era... divina. Y ahí radica mi problema: temo que otra mujer no podría darme lo que mi esposa me dio.

Dave Goodmaker es, pues, —como indica su apellido— un hombre bueno, honrado a carta cabal. Una persona admirable en todos los aspectos.

En el caso de la señora Clyder, yo estaba predispuesto a creer que el motivo de su muerte era un infarto de miocardio. Pero Dave no deja nada al azar.

Después de tres horas de denodado trabajo de autopsia, no encontramos en el cadáver indicios de que aquella mujer hubiera sido asesinada.

En consecuencia, estaba a punto de abandonar la sala de autopsias para informar al inspector Caswell, cuando Dave me llamó la atención con una exclamación nerviosa:

—¡Mira esto!

Me mostraba una muestra, apenas una partícula de la víscera cardíaca.

Y en seguida comprendí que mi ayudante había encontrado *algo*.

Examinamos la muestra al microscopio minuciosamente. La sospecha se agigantó.

Lo que se veía en el tejido que observábamos era una simple manchita microscópica, que pasaría desapercibida a la vista de cualquiera que no tuviera la perspicacia de Goodmaker y la experiencia que yo había adquirido realizando centenares de autopsias.

Una manchita de apenas un milímetro, eso era todo. Una manchita negra sobre el fondo oscuro de la partícula de corazón.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó Dave, expectante.

—Estricnina —respondí en un susurro.

—Es lo mismo que suponía: estricnina —asintió, con un destello de satisfacción en los ojos.

Como todo el mundo sabe, la estricnina es un alcaloide muy venenoso que se extrae de la nuez vómica. Se utiliza como medicamento, incluso para tratar las enfermedades del corazón. Pero la dosis debe ser infinitamente pequeña. Un error en el cálculo es de efectos mortales.

—Así que a la señora Clyder, finalmente, la asesinaron —susurró mi ayudante.

—Eso parece —respondí—. Pero será mejor que no echemos las campanas al vuelo.

—¿Por qué?

—Esto es muy extraño. Hemos analizado otras vísceras sin resultado positivo... No encontramos nada en el estómago, ni en el hígado. Y ahora...

La idea cruzó por mi cerebro como un relámpago. Con gran impaciencia, retiré el paño que cubría el cadáver y miré con interés el hemitórax izquierdo.

Allí estaba, pero hubo que mirarlo con lupa. Se trataba de un microscópico agujerito disimulado en el flácido pecho de la señora Clyder.

A Dave no había que explicarle mucho las cosas. En seguida comprendió mi idea, que acabábamos de corroborar: el asesino de aquella mujer le habían inyectado estricnina directamente al corazón.

—Un verdadero experto —comentó, admirado—. Utilizó una aguja delgadísima, de forma que el pinchazo pasara desapercibido a simple vista.

—Un asesino inteligente, pero detestable —dijo Dave, al que repugnaba el crimen como a toda persona decente—. Esta infeliz anciana...

Pero yo pensaba en otra cosa. En el inteligente asesino que

había estado a punto de burlarse de nosotros, pues sin la insistente paciencia de Goodmaker y mi propia experiencia como forense, es muy posible que el caso Clyder se hubiera archivado como *muerte natural*.

Unos cirujanos más negligentes no hubieran hecho el descubrimiento que teníamos delante: estricnina. Y hasta cierto punto es lógico el fallo, pues en el caso Clyder las primeras pruebas y observaciones apuntaban a un accidente cardíaco como causa de la muerte.

De todas formas, pedí a Dave que llevase la muestra al laboratorio.

—Quiero estar seguro de que se trata precisamente de estricnina —indiqué a mi ayudante.

Mientras él iba al laboratorio, yo me lavé las manos y fui a ver al impaciente inspector Caswell.

Abrí la puerta. Peter paseaba como un león enjaulado y había llenado el cenicero de colillas.

—¿Qué...? —clamó, volviéndose impetuosamente hacia mí.

—Me parece que tenías razón, Pete: existe un indicio que señala homicidio en el caso Clyder —dije.

Sonrió. Y sus músculos faciales se relajaron.

—¿Está seguro, doctor?

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que me llames Clive? —le reproché—. Dave ha ido al laboratorio con una muestra. Creemos que alguien inyectó estricnina en el corazón de Bárbara Clyder. Si quieres esperar a que vuelva Dave...

Pero Peter no tenía ganas de esperar. Ni lo necesitaba: para él estaba claro todo.

—Gracias, pero me marchó. Tengo que ver al doctor Steward. ¿No fue él quien llevó a cabo las autopsias de Anthony S. Cohen y el coronel Thomas? —preguntó con énfasis.

Encendí un cigarrillo, observando fijamente a Caswell, aunque en realidad no veía su rostro: sencillamente, imaginaba que se iba a armar un follón considerable.

Imaginaba que Caswell se proponía entrevistarse con el doctor Steward —mi suplente durante las vacaciones veraniegas— para hablarle de las autopsias de Cohen y Thomas.

El doctor Steward no es un hombre muy paciente, de modo que se indispondría inmediatamente con el inspector y surgirían chispazos. Probablemente, Peter —siempre tan comedido— se ofendería al escuchar las altaneras palabras de Steward y...

—Sí, sí: pienso pedir al juez que se exhumen los restos de Cohen y Thomas —dijo en ese momento Caswell corroborando exactamente mis pensamientos.

—Te vas a meter en un verdadero berenjenal —le previne—. Ya conoces a Steward: rara vez admite que se ha equivocado. Por otra parte, posee muchas e influyentes amistades. En una palabra: te va a resultar muy difícil obtener la autorización del juez para las exhumaciones.

—¿Eso cree? —sonrió—. Siempre consigo aquello que me propongo. Ya lo verá, doctor Palmer.

—Clive —le corregí.

—Está bien: Clive. Conseguiré el mandamiento. Ya lo verá —repitió, tenaz hasta el aburrimiento.

Ya se marchaba, cuando detrás de nosotros se oyó el chirrido de la puerta.

Dave Goodmaker nos miró a ambos hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza.

—No cabe duda: Bárbara Clyder fue asesinada mediante una inyección de estricnina, directamente al corazón. Esa fue la causa de que no encontrásemos rastro de tóxicos en las otras vísceras —dijo.

—Gracias —dijo únicamente el inspector Caswell. Agitó la mano en alto a modo de despedida y se marchó.

CAPITULO III

Yo estaba dando cuenta de un rosbiff con salsa Cuando Peter apareció de nuevo.

Jamás le había visto aparecer por Gardy's —el restaurante donde yo solía cenar cada noche—, por lo que deduje que le traía algo importante.

Le invité a cenar, pero Peter declinó la invitación con la excusa de que por nada del mundo dejaría de saborear su cena casera. (La verdad era que Tasha, su esposa, era una magnífica cocinera. Había cenado en su casa en más de una ocasión y pude comprobar que Peter tenía mucha suerte con su esposa.)

Por el contrario, sí aceptó una cerveza. Le dejé beber con calma y luego dijo, sin poder contener su excitación.

—Mañana, a las ocho.

—¿Mañana a las ocho? —enarqué una ceja, desorientado.

—La exhumación de los cadáveres del coronel Thomas y el señor Cohen.

Alcé la mirada del plato, maravillado.

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿Los mandamientos? —sonrió—. Bueno, soy un hombre dotado de recursos.

Bajó el tono de voz y susurró:

—La verdad es que el doctor Steward agarró un buen berrinche, pero el juez Hawkins es un hombre ponderado y prudente y decidió lo que era justo: la exhumación. Pero no crea que fue fácil: tuve que hablar y hablar durante más de una hora para convencerle de que debía firmar los mandamientos. Creo que también sirvieron de algo mis dotes de diplomático.

—Ah, ¿sí? —bromeé.

—Sí, aunque usted lo tome a chunga. La estrategia fue la siguiente: después de explicar a Steward la relación entre Cohen-Thomas-Clyder, le hice ver que su prestigio quedaría intacto si la iniciativa de solicitar la exhumación *partía de él mismo*. Al principio se mostró ofendido, pero al cabo terminó aceptando la solución que más convenía a su amor propio herido. Es decir, llamó por teléfono al juez. Y eso es todo.

—¡Fantástico! —no pude por menos que admirarme—. Tienes razón: dominas toda clase de trucos.

Pero Peter, modesto, no le dio importancia a su difícil éxito profesional.

Probó un poco más de cerveza, se fumó un par de cigarrillos y me miró.

—Clive, ¿está dispuesto a llevar a cabo las autopsias de Cohen

y Thomas? —preguntó de pronto.

—¡Qué remedio! —respondí—. Es mi obligación. ¿O crees que deberíamos pedirle tal favor al doctor Steward?

—¡Ni se le ocurra! Ya he tenido bastante con comprobar su ineptitud en dos ocasiones —se asustó.

Me vi forzado a sonreír. Pero inmediatamente le miré con severidad.

—Eres injusto, Peter —le dije—. A mí mismo pudo ocurrirme lo que al doctor Steward. Tú sabes ya que el asesino es sumamente inteligente: llevó a cabo el asesinato de Clyder con redomada astucia, de forma que apareciera como muerte natural por fallo cardíaco. Yo también pude errar, no lo olvidés.

—Pero no erró, Clive, no erró —insistió tercamente.

—El éxito es más bien de Goodmaker —confesó—. Gracias a su paciencia y a su inquebrantable voluntad consiguió descubrir una tumefacción por estricnina en el corazón de la señora Clyder.

—No sea modesto, Clive —me gustaba que me llamase Clive, en lugar del protocolario y distanciante «doctor Palmer»—. Usted sabe más de tóxicos que su ayudante.

—No estoy seguro de eso. Dave es un gran profesional.

Peter se despidió poco después. Le seguí con la vista y al imaginar que mi amigo se reuniría en seguida con su esposa y su hijo en el comfortable hogar, sentí un poco de envidia.

Naturalmente: a mí también me gustaría volver al hogar a la hora de la cena, encontrar a mi esposa, besarla, abrazarla y... Acariciar a mi hijo, jugar, tal vez, con él; gozar de una cena en la intimidad del hogar.

No podía quejarme: tenía trabajo estable, dinero, amistades entrañables. Pero me faltaba algo: una esposa, unos hijos.

Un pensamiento me llevó a otro. Es decir, a Joy Goodmaker, la joven hermana de mi ayudante.

Joy era una encantadora profesora de veinticuatro años. Delgada, cimbreaña, rubia, preciosa, cariñosa, entrañable... esa era la hermana de Dave Goodmaker.

Me encantaba Joy, pero la consideraba demasiado joven para mí. No importaba haber advertido en ella un decidido interés hacia mí; no importaba tampoco que Dave mirase con buenos ojos la posibilidad de casarme con su hermana —de hecho, me había insinuado en varias ocasiones algo semejante, aunque con toda la discreción del mundo—. No importaba nada: era mi *ego*, mi orgullo personal y mi desconfianza lo que impedían que yo me acercase a Joy.

Para decir las cosas con toda claridad: yo sospechaba que Joy estaba enamorada de mí. También era consciente de que nada me

costaría enamorarme de ella.

Pero tenía miedo a mi madurez —treinta y ocho años ya—, miedo a fallar, miedo a que Joy fallase, miedo a...

Terminé la cena, pagué la cuenta, pedí un taxi y me trasladé a un club discreto, donde permanecí una hora tomando un par de whiskies y fumando dos o tres cigarrillos.

Hacia las once de la noche, pedí otro taxi que me llevó a casa. No quería trasnochar, pues mi propósito era acudir por la mañana al cementerio para estar presente en la exhumación de los cadáveres del coronel Thomas y el señor Cohen. Como así ocurrió.

A las ocho de la mañana siguiente llegué al cementerio. Todo estaba dispuesto para la exhumación. Estaban presentes: el inspector Caswell y dos de sus agentes, el representante judicial, Bernard Pyler, el doctor Jack Steward y los empleados del cementerio. No habían acudido periodistas ni parientes de las personas cuyos restos mortales íbamos a desenterrar.

Estaban esperándome a mí, que habían llegado puntualmente, Peter hizo una seña al capataz y los obreros retiraron la lápida del coronel Cohen.

El resto no es preciso relatarlo, pues no resulta muy agradable. Era una mañana fría y brumosa y todos estábamos deseando terminar cuanto antes aquel acto.

Mientras los empleados introducían los féretros en arcones de plomo, el doctor Bertrand —que había dado muestras de cierto nerviosismo— se acercó a mí discretamente.

—Supongo que Caswell te lo habrá explicado todo. Me pidió colaboración para obtener los mandamientos judiciales de exhumación, y yo no dudé en concedérsela. Pero todo esto redundará en perjuicio mío. Y pienso que...

Sólo le importaba su orgullo herido. Le traía sin cuidado que se hiciera justicia o no. Me prometí, pues, que el doctor Bertrand no sería llamado a suplirme la próxima vez.

Un tanto asqueado por el egoísmo de Jack Steward, me separé de él en cuanto pude hacerlo sin grosería y fui a reunirme con Peter Caswell, que me llevó en su coche hasta la Morgue.

Peter parecía un poco nervioso.

¿Por qué?

El mismo me lo explicó poco después.

—Me pregunto qué ocurrirá si las autopsias no demuestran que esas dos personas fueron asesinadas al igual que la señora Clyder —comentó, preocupado.

—Nada, no ocurrirá nada —le tranquilicé—. Redactaré un informe y los cuerpos serán devueltos a sus tumbas.

—Yo también tendría que enterrar la fe que tengo en mi

intuición —clamó, triste.

—¿Tanto te importaba equivocarte una vez? —le reproché—. Has resuelto con éxito multitud de casos dificultosos. Por tanto...

—No se trata de soberbia por mi parte —respondió—, sino de mero interés en cumplir escrupulosamente mi deber. Si me falla la intuición, ¡sólo soy medio policía! —se lamentó.

Reí y mi risa se le contagió.

Mi trabajo no fue en esta ocasión tan fácil como en la autopsia de la señora Clyder, pues los cadáveres que debíamos examinar ahora Dave y yo estaban corrompidos.

Fue muy desagradable y tuvimos que emplear caretas para llevar a cabo las autopsias. Pero el resultado valió la pena, pues hallamos estricnina suficiente para matar a un caballo en las vísceras cardíacas de Cohen y Thomas.

La intuición de Peter Caswell no había fallado. Cuando le di la noticia una sonrisa indefinible distendió sus labios.

CAPITULO IV

Ya no puedo soportarlo más.

Acabo de regresar del domicilio de la pobre Margaret Fulham. Triste y desanimado, he llegado a la conclusión de que debo actuar.

La pobre mujer empeora día a día. Su carcinoma pulmonar se ha extendido al estómago y al vientre y sufre horribles dolores.

La he oído quejarse continuamente, retorcerse en el lecho como un animalillo herido...

Su tez estaba pálida y sus labios exangües.

La señora Fulham lleva ya dos meses sin tomar alimentos sólidos. Apenas toma líquidos y últimamente la alimentan por sonda.

Además del carcinoma y de su irreversible enfermedad cardíaca, Margaret Fulham padece ahora incontinencia de esfínteres, por lo cual se orina y defeca en el lecho.

He intentado hablar con ella para consolarla, pero no me escuchaba, pues los terribles dolores que sufría impedían que se concentrara en mis palabras.

Ese médico, el doctor Abraham Kedernich, es un inepto. Ni siquiera sabe elegir adecuadamente las drogas que podrían evitar los sufrimientos a la pobre anciana.

Así que he abandonado el domicilio de la pobre señora Fulham en el estado de ánimo que puede imaginarse.

Incluso he bebido, yo que jamás suelo hacerlo, y menos con exceso. Creo que me he emborrachado.

Mientras bebía un vaso de whisky tras otro, he reflexionado y me he ido tranquilizando gradualmente.

Finalmente he llegado a la conclusión de que debe actuar por mi cuenta, sin tomar en consideración al doctor Kedernich.

He regresado a casa. Son las once de la noche y me encuentro solo: tanto mejor.

He cambiado mi traje por otras prendas deportivas y me he puesto una gabardina. La gorra a cuadros y las gafas oscuras serán suficiente para pasar desapercibido en caso de peligro.

Al salir a la calle, siento la tentación de tomar mi coche, aparcado en la acera. Pero prefiero caminar hasta el metro y dejar el coche, que alguien podría identificar más tarde.

No es un propósito criminal el que me anima. Por el contrario, es un interés profundamente humanitario, pues de ninguna forma puedo soportar el sufrimiento y menos si es inútil, como en el caso de la infeliz señora Margaret Fulham.

Hacia la medianoche, alcanzo la zona sur donde vive la señora Fulham. La casa es un edificio de apartamentos para gente acomodada, pero no es difícil penetrar en él si se domina la técnica

adecuada: pulso un botón del portero automático y digo:

—¿Quiere abrirme, por favor? Soy el doctor Kedernich. La enfermera de la señora Fulham ha debido quedarse dormida y no atiende mis llamadas.

Suena el zumbido del mecanismo eléctrico, empujo la puerta cristalera y penetro en el vestíbulo.

Todo está silencioso y desierto: mejor para mis propósitos, aunque estoy seguro de que nadie podría reconocerme ataviado de esta guisa.

Margaret Fulham vive en un apartamento de la planta octava, por lo que sería lógico tomar el rápido y cómodo ascensor. Sería lógico, sí, pero supondría un riesgo estúpido. Es mejor tomar la escalera, pues estoy seguro de que a través de esta vía no me cruzaré con nadie.

¡Éxito rotundo! Asciendo despacio hasta la planta octava y no me tropiezo con nadie.

Ahora hay que extremar las precauciones, ya que estoy seguro de que nadie comprendería mis sentimientos respecto a la señora Fulham.

De repente, me veo obligado a retroceder apresuradamente hasta la escalera. Se acaba de oír el chirrido de una puerta y alguien camina, taconeando con fuerza, a lo largo del pasillo.

Por fortuna, soy ágil y rápido, de modo que desciendo hasta el descansillo en pocos segundos y aguardo, conteniendo la respiración.

Alguien cruza por delante de la escalera y desaparece. Respiro profundamente, satisfecho.

Un momento después, se oye el leve zumbido del ascensor y luego torna el silencio.

Busco en mi bolsillo la llave que me permitirá penetrar en el apartamento de la señora Fulham y la acaricio, agradecido.

No, la señora Fulham no me ha entregado una copia de la llave de su puerta. He tenido que ingeniármelas para conseguirla yo. Algo relativamente fácil: en una de mis visitas, la llave estaba inserta en la cerradura por la parte interior de la puerta. Previendo que la llave estuviera en el mismo sitio en alguna ocasión posterior, traje un pedazo de plastilina al día siguiente y saqué un molde de la llave.

Yo mismo fabriqué la copia, pues es preciso tomar, siempre, toda clase de precauciones.

Y ahora...

Cuando llega este momento, siento una emoción indescriptible. Pero no vacilo ni un solo segundo: llego ante la puerta, introduzco la llave silenciosamente, abro y me escurro como una sombra dentro del apartamento.

Harriet Davis, la enfermera de la señora Fulham, debe estar durmiendo sobre una mecedora, después de haberse bebido media botella de whisky, como tiene por costumbre.

Y ahora, lo confieso: esta mujer, la enfermera, me produce una

indecible repulsión. Fuma en la habitación de la señora Fulham, ajena al hecho de que el humo irrita las vías respiratorias de la enferma y la obliga a toser violentamente. Al llegar la noche, y cuando está segura de que nadie vendrá a visitar a la señora Fulham, Harriet devora un par de bocadillos, bebe un par de cervezas grandes, echa hielo en un vaso y se pone a beber whisky barato, mientras se mece en la butaca y lee una de esas horribles historias de prostitutas y macarras.

Avanzo despacio por el pasillo, cruzo el saloncito y asomo apenas la cabeza a través de la puerta entornada del dormitorio de Margaret Fulham.

Unos furiosos ronquidos me confirman mis sospechas. La enfermera se ha quedado profundamente dormida. Sobre una mesita, está su cenicero lleno de colillas a rebosar; en el suelo, la botella —vacía— de whisky y un ejemplar de los truculentos folletines que tanto le gustan a Harriet Davis.

La enfermera —que percibe un salario superior al mío— duerme a pierna suelta, insensible a los sufrimientos de la señora Fulham, que se debate casi asfixiada, en su lecho de dolor.

En el saloncito, saco mi equipo de inyecciones y preparo la minúscula dosis que terminará con los sufrimientos de la pobre señora Fulham.

Me acerco lentamente al lecho, dispuesta la jeringuilla en la mano derecha.

Harriet ronca tan estrepitosamente que me asusta. Por un momento, temo que va a despertar, pero no hay peligro: la enfermera cambia ligeramente de posición su cuerpo hombruno y sigue durmiendo, silenciosamente ahora.

Miro con infinito amor a la pobre enferma. Probablemente, nadie comprenderá mi acción, pero no me importa: yo sólo quiero cumplir con el deber que me he impuesto.

Amo a esta mujer con un amor de hijo, como amé a mi madre. Y tengo que evitarle larguísimas horas de sufrimiento.

¿Es esto un asesinato? La señora Fulham está desahuciada hace largo tiempo. Es decir, su mal no tiene curación ni remotamente. Por tanto...

¡El estúpido doctor Kedernich...! Hablé con él hace unos días y dijo que Margaret Fulham estaba a punto de morir. Pero han pasado las fechas y ella sigue viva, sufriendo de forma espeluznante.

Yo sé que esta mujer vivirá todavía varios meses. Centenares de días, miles de horas de horrendo infierno.

No hay más que hablar. Mi pulso no tiembla cuando me inclino sobre la mujer, aparto su camisón de dormir y palpo el pecho, hasta encontrar el lugar justo donde late desordenadamente su corazón.

De repente, oigo su gemido. ¡Ha abierto los ojos, Margaret Fulham

está despierta!

Me mira fijamente, desorbitados los ojos.

¿Me habrá reconocido?

Pero ya no dudo. Aprieto la finísima aguja en la carne pálida e inyecta.

Un leve estremecimiento y luego nada. Margaret Fulham ha dejado de sufrir en este ingrato mundo.

Sus músculos se aflojan, todo su cuerpo se abandona al descanso.

Me invade una sensación divina, relajante y voluptuosa. He hecho lo que debía, simplemente, y la compensación es la satisfacción interior. Sólo eso.

CAPITULO V

Peter Caswell se sentía perplejo.

—No consigo explicármelo —me confió—. Establecida la relación entre los asesinatos Cohen-Thomas-Clyder, me pregunté quiénes resultarían beneficiados con las cuantiosas herencias.

—¿Y bien...?

—El trabajo me ha llevado diez días y la colaboración de ocho de mis agentes —explicó—. Redactamos una lista de los herederos e investigamos sus antecedentes...

—Y todos son personas honorables, libres de toda sospecha —apunté.

Peter alzó vivamente la cabeza.

—¿Cómo lo sabe?

Creo que un leve rubor debió colorear mis mejillas.

—Bueno, yo también he llevado a cabo algunas investigaciones por mi cuenta —confesé.

—¿Vocación de detective aficionado? —bromeó.

—No lo sé. Ni yo mismo puedo explicarme qué me impulsó a hacer algunas comprobaciones. Quizá he llegado a apasionarme con el extraño caso del asesino que mata a sus víctimas utilizando la estricnina.

El interés del policía se acrecentó al escuchar mis palabras.

—Muy bien, detective honorario. Dígame, ¿a qué conclusiones ha llegado? —me preguntó. Y encendió apresuradamente un cigarrillo, pues siempre que se sentía excitado fumaba como un carretero.

—Preferiría, primero, que tú me hablastes sobre las últimas investigaciones —le pedí.

Cruzó las piernas, un poco impaciente, y dijo:

—Poco hay que decir. Sabemos que las tres víctimas eran gente adinerada e investigamos a los herederos discretamente. Ya sabe el resultado: personas honorables, sin antecedentes penales. Tras los interrogatorios personales, demostraron su inocencia, pues poseían coartadas incuestionables. Resumen: el asesino no se encuentra entre los herederos. Ahora, ha llegado su turno, doctor Palmer.

—Clive, por favor.

—Está bien: Clive.

Nos encontrábamos en mi apartamento de Saint Paul Lane, cómodamente instalados en mi biblioteca-despacho-bar.

Antes de decir a Peter lo que tenía que decirle, me levanté, fui al bar y volví con dos cervezas y dos jarras de cerámica, todo ello en una bandeja comprada en Barcelona durante mis últimas

vacaciones.

—Vamos, vamos: estalle de una vez —me acució mi amigo el policía.

—Calma. Bebamos antes.

Pero él no bebió. Yo abrí las dos cervezas y serví el frío líquido en las preciosas jarras decoradas con diseños de monumentos catalanes.

Bebí un largo trago, encendí calmosamente un cigarrillo y miré a Peter, que mordía el pitillo de pura impaciencia.

—Creo que ahora sé lo que me impulsó a hacer algunas averiguaciones por mi cuenta —declaré—. Fue una idea, un chispazo, que surgió en mi mente cuando me dijiste que tanto la señora Clyder como el coronel Thomas y el señor Cohen estaban desahuciados por sus médicos.

—Muy interesante. Siga.

—Pues eso. La idea puede resumirse en una palabra: *eutanasia* —pronuncié lentamente, esperando la reacción de Caswell.

—¿Eu-ta-na-sia? —silabeó el policía.

—Fue una corazonada como las tuyas, Peter. Mis averiguaciones refrendaron mi hipótesis, pues esos tres asesinatos no fueron cometidos con el afán de lucro como móvil. Es decir, el asesino no buscaba bienes materiales como producto de sus crímenes.

Peter ni siquiera parpadeaba. Permanecía religiosamente atento a mis palabras.

—Es más —añadí—: he llegado a la conclusión de que el asesino es un médico.

—Explíquese —pidió Peter, dominado por la más viva ansiedad.

—Es fácil de explicar. El criminal es un hombre o mujer familiarizado con los fármacos y el material médico. Que posee conocimientos de Medicina, es evidente.

—¿Por qué?

—Fíjate en estos detalles, amigo mío: el asesino utilizó una aguja finísima para inyectar el veneno; sabía que la estricnina es de efectos fulminantes inyectada en dosis exagerada y directamente al corazón... Todo ello me lleva a sospechar que el autor de esos tres crímenes es un médico —puntualicé.

Peter aplastó su cigarrillo en mi cenicero de cerámica talaverana y encendió seguidamente otro, del que fumó ávidamente varias veces.

—Así que se trata de un médico... —murmuró, pensativo.

—O de una persona con suficientes conocimientos de Anatomía Humana y Toxicología, por lo menos —respondí.

—Muy interesante, muy interesante —dijo Caswell, entre dientes—. Creo que eso nos lleva a...

Resonó el teléfono instalado en la biblioteca. Peter interrumpió su frase, dirigió una mirada al teléfono y dijo:

—Dejé recado en mi despacho de que venía a visitarle e incluso me permití indicar su número de teléfono. La llamada debe ser para mí... ¿Me permite que la atienda?

—Estás en tu casa. Ve —respondí.

Fue al teléfono, lo atendió durante varios minutos y después de colgarlo, volvió hacia mí con una expresión extraña en sus facciones.

—¿Qué ocurre?

—Era Calhoun, uno de mis hombres. Dice que una tal Harriet Davis, enfermera, está en el Yard y desea verme con urgencia. No me han dicho más. Tengo que irme. Gracias por sus ideas, doctor.

—¡Clive! —exigí, incomodado.

Y él se marchó, riendo.

Me llamó una hora más tarde, cuando yo me disponía a salir hacia Gardy's, para la cena.

—No se lo va a creer, Clive: creo que tenemos otro caso relacionado con míster Estricnina —anunció con voz contenida.

—¿Cómo? —grité más que dije.

—No tengo tiempo que perder, pues debo trasladarme al sur de la ciudad, para realizar algunas gestiones. ¿Dónde estará hacia las once de la noche, Clive? ¿Algún lugar donde podamos hablar sin ser oídos?

—En ese caso, el Hipócrates Club es lo adecuado. Vaya allí, le estaré esperando. Se trata de un club profesional y sólo se admite a las personas relacionadas con la profesión médica, pero si dices al conserje que eres amigo mío, te permitirá pasar.

—Bien, entonces hasta luego —respondió Caswell. Y colgó en seguida.

Aquella noche no gocé de la cena como de costumbre, a pesar de que el pescado en salsa que me sirvieron exhalaba un aroma exquisito. Lo que Peter me había dicho por teléfono, me mantenía en un constante estado de ansiedad.

Despaché la cena apresuradamente y me dirigí al Hipócrates Club.

El doctor Steward se encontraba en uno de los salones. Al verme, vino hacia mí, dispuesto a iniciar un rato de charla, pero mi fría actitud le obligó a volver con sus amigos pocos minutos después. La verdad: yo no estaba dispuesto a aguantar la charla intrascendente de Jack.

Mientras aguardaba a Caswell, pedí un escocés, encendí un

cigarrillo y me acomodé en un sillón. Había escogido un saloncito aislado y muy discreto donde Caswell y yo podríamos hablar sin que nos interrumpieran.

¿Por qué evoqué en aquel momento la airosa silueta de la guapa Joy Goodmaker?

De repente, me sorprendí a mí mismo pensando qué tal iría mi existencia unido a la hermana de Dave.

Una extraña ansiedad me asaltó.

«Creo que has estado haciendo el tonto, Clive Palmer —me dije—. Está clarísimo que ella está enamorada de ti.»

Me bastaba rememorar las ocasiones en que habíamos estado juntos para comprenderlo así. Cuando iba a cenar a casa de los Goodmaker, Joy se volcaba totalmente en agradarme y agasajarme; sonreía encantadoramente; sorprendía su mirada puesta en mí con una ansiedad muy especial. Una tarde, nuestras manos se rozaron y Joy se ruborizó como una colegiala.

«He sido un mojigato, un estúpido, un egoísta, un tipo engreído, rebosante de soberbia —resumí íntimamente—. ¿Por qué no lo intenté, al menos? Joy se lo merecía. Pero yo sólo pensé en mí, en mi frustración y en mi temor a fallar...»

Había llegado muy lejos en mis divagaciones mentales, cuando apareció Peter Caswell. Me dijo que aún no había cenado, pero cuando le invité a hacerlo en el club, él denegó mi ofrecimiento.

—Ya lo sabe, Clive; por nada del mundo me perdería la cena que ha preparado Tasha. Cenaré tarde, pero cenaré en casa... —dijo.

—Muy bien, pediré un poco de jerez para ti —respondí. Y cuando lo hube hecho, dediqué toda mi atención a Peter—, Ahora, di. ¿Qué tenía que decirte esa enfermera?

—Poca cosa: que alguien le había pintarrajeado el rostro y el pecho con rotulador rojo.

Me encrespé.

—Y ¿qué diablos tiene que ver todo eso con...? —gruñí, impaciente.

Pero Caswell alzó ambas manos y sonrió levemente.

—Calma, calma: todo tiene su explicación —me tranquilizó—. Esa enfermera, Harriet Davis, estaba al cuidado de una pobre enferma desahuciada, la señora Margaret Fulham, de cincuenta y ocho años de edad. La señora Fulham estaba condenada a morir en breve fecha, pues padecía varias enfermedades irreversibles, entre ellas un cáncer que abarcaba los pulmones, el estómago y parte del abdomen...

Mi interés creció de punto al escuchar esto, pero ahora me daba cuenta de que yo era tan impaciente como mi amigo cuando algo

me interesaba en profundidad. La prueba de esto es que apenas pude contener mi ansiedad mientras Caswell probaba un sorbo de jerez.

Al fin, continuó:

—Harriet vino a verme porque ella piensa que la señora Fulham no murió de muerte natural, como ha certificado el doctor Kedernich, sino que ha sido asesinada.

—¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Pues verá: cuando Harriet despertó de madrugada (estaba vigilando a la señora Fulham, pero se quedó dormida), tuvo la corazonada de que alguien había estado allí. Un intruso, se entiende.

—¡Ya! —exclamé, sarcástico—, Al parecer, no somos tú y yo los únicos que tenemos corazonadas.

—No se trataba de eso solamente. Harriet Davis comprobó que la habían desnudado de cintura para arriba...

—¿A la señora Fulham?

—¡No! —exclamó Peter, impacientándose por mis constantes comentarios e interrupciones—. La que estaba semidesnuda era la enfermera. Comprobó que la habían pintarrajeado algunas palabras en el pecho. Como no podía verlas completamente, fue al cuarto de aseo y se contempló en un espejo. Según sus palabras, estuvo a punto de desmayarse de la impresión.

Peter probó un sorbo de jerez; yo permanecía en silencio para no irritarle.

—Aunque leía las palabras al revés, no le fue difícil interpretarlas. En su rostro habían escrito insultos intranscribibles y en su pecho una frase.

—¿Cuál?

—*Te condeno a vivir hasta que tu cuerpo miserable arda en los Infiernos*, ésa era la frase.

—Pero...

—Harriet, superado el susto, se lavó el rostro y las manos con alcohol. Cuando volvió junto a la enferma, comprobó que la señora Fulham estaba muerta. Llamó al doctor Kedernich, el oncólogo que atendía a la enferma, pero no pudo establecer contacto con él hasta muy entrada la mañana. Kedernich llegó al fin y certificó muerte natural. Era de prever: la señora Fulham estaba desahuciada.

—Entonces, Harriet Davis...

—Por vergüenza, no se atrevió a decir nada al doctor Kedernich. Pero después de reflexionar durante muchas horas, decidió que el asunto era muy extraño. Resumiendo: sospechó que la señora Fulham había sido asesinada. Y fue al Yard a

contármelo todo.

Encendió un cigarrillo, terminó su copa de jerez y me miró:

—¿Cuál es su opinión?

—Creo que deberías llamar a Kedernich y hablarle de las sospechas de Harriet Davis. Algo me dice que la enfermera tiene razón —respondí.

—Muy bien: pensaba hacerlo, pero preferí consultar con otro Experto Intuitivo. Tengo el domicilio de Kedernich. ¿Quiere venir conmigo?

Acepté sin pensarlo.

A las once y media de la noche estábamos en el domicilio de Kedernich. Este era viudo como yo y vivía solo en su casa. Nos invitó a pasar a un saloncito con una chimenea donde ardía una buena hoguera de troncos e incluso nos invitó a beber unos brandies.

Kedernich era un hombre delgado, de cabellos rojizos y aspecto sobrio. Se mostró un tanto sorprendido al escuchar nuestra historia (para evitar suspicacias, Peter me había pedido que hablara yo), y movió la cabeza lentamente de izquierda a derecha.

—Creo que esa mujer se ha burlado de ustedes. Yo previne hace tiempo a la señora Fulham: había contratado a una enfermera indolente y poco escrupulosa. Pero la pobre enferma no tenía ya mucha capacidad para comprender lo que convenía.

—¿Qué quiere decir, doctor Kedernich? —le pregunté, sintiéndome confuso.

—Que Harriet Davis es una alcohólica. En más de una ocasión la sorprendí bebiendo, casi borracha. No es la persona más adecuada para cuidar a una enferma como la señora Fulham. ¿Quieren conocer mi opinión? Harriet se emborrachó anoche y tuvo una pesadilla, eso es lo que pienso.

En todo caso, ¿por qué no me habló a mí de esas palabras pintarrajeadas en su cuerpo?

La deducción de Kedernich era correcta, y tanto Caswell como yo lo compendimos así. A pesar de lo cual, insistí:

—¿Y si fuera verdad?

—Lo dudo. Los alcohólicos son capaces de inventarse cualquier cosa. Por lo demás, la señora Fulham estaba destinada a morir de un día a otro. De modo que señores, estimo que todo está claro.

CAPITULO VI

No hay duda de que Peter Caswell era capaz de convencer a un muerto. Tras abandonar el domicilio del doctor Kedernich, mi amigo volvió a la carga.

—Pues yo estoy seguro de que Harriet Davis me dijo la verdad —expuso.

—¿Por qué? —inquirí, irritado por su tenacidad.

—Es muy sencillo: ella me mostró el rastro de las palabras escritas sobre su pecho. Verá: Harriet se esforzó en restregar su rostro hasta que no quedase una sola huella de trazo rojo (para lo cual no reparó en congestionarse el cutis a base de frotar y frotar), pero no fue tan escrupulosa con las pintadas de su pecho, de modo que yo vi con mis ojos algunas de las palabras, como «cuerpo miserable», «Infiernos»... Y ahora, dígame, Clive: ¿cree usted que una mujer, aunque alcohólica, se pintarrajearía así su propio cuerpo?

—No lo sé —confesé, dudoso.

—Pues yo le daré mi opinión: tajantemente NO. Además, hay otra prueba.

—Dime cuál, por favor.

—Si Harriet se hubiera escrito esas frases en sí misma, necesariamente los trazos hubieran sido irregulares, inseguros, poco firmes. Pero no era tal: las palabras que yo leí habían sido escritas por otra persona. Apostaría mi vida en ello —puntualizó, ferviente.

Me convenció, lo reconozco.

—Esperemos hasta mañana. Iremos a ver a míster Jakins y le plantharemos la cuestión. Pero es un asunto espinoso.

—Lo sé —respondió Caswell—. Pero ahí está el atractivo.

Me dejó en casa y nos despedimos. Pero yo apenas dormí esa noche. Y mi sueño estuvo poblado de pesadillas en las que veía a un hombrecillo delgado y enteco que iba asesinando sistemáticamente a todos los ancianos desahuciados del mundo, a todos los enfermos condenados a morir en fecha más o menos próxima.

Desperté a las seis de la mañana y no quise seguir en la cama. Me hice café en la pequeña cocina y mientras tomaba una taza, volví a pensar en aquel asunto que me obsesionaba: el asesino por compasión.

Eutanasia (1), ésa era la cuestión.

(1) Eutanasia es una palabra formada por el prefijo latino *eu*, bueno, y el vocablo griego *tanatos*, igual a muerte, es decir, «buena muerte».

Para algunos, practicar la eutanasia puede tener una explicación ética. Sobre todo en los casos de enfermos desahuciados sin la menor esperanza de sobrevivir y que sufren terribles padecimientos provocados por la misma enfermedad, como en el caso del cáncer. Naturalmente, se entiende que el enfermo está de acuerdo y que accede a su propia muerte con plena lucidez mental.

Es un tema árido; hay quien está a favor y quien lo está en contra. Pero de todas formas, no resulta ético practicar la eutanasia indiscriminadamente y, sobre todo, si no media la petición o la autorización del propio interesado.

Pero míster Estricnina no consultaba con nadie —al parecer— para enviar al otro mundo a sus «protegidos».

Como tenía la premonición de que míster Estricnina era un médico o persona muy vinculada a la Medicina, me propuse consultar el anuario y estudiar los nombres de mis colegas, con el fin de intentar desenmascarar al extraño asesino.

Sé que mi proyecto era descabellado: en el anuario se relacionan los nombres y circunstancias de miles y miles de médicos.

Sin embargo, yo tenía la esperanza de que Peter terminase descubriendo algunas características personales de míster Estricnina. Y con ello ya sería más fácil seleccionar a unos cuantos sospechosos entre miles de inocentes.

Si no tenía éxito en mi investigación relacionada con los médicos, proseguiría con los ayudantes técnicos sanitarios —los que llamamos practicantes—, las enfermeras diplomadas y otro personal sanitario y hospitalario.

Sería como buscar una aguja en un pajar, pero el caso me apasionaba tanto, que estaba dispuesto a dedicar todo mi tiempo libre a aquel trabajo.

Pensando en todo esto, y mientras garabateaba signos y dibujos absurdos en un bloc, se acercó la hora en que había quedado citado con Peter: las ocho y media.

Puntual como un cronómetro electrónico, llegó Peter. Bajamos en seguida y subimos a su coche. Llovía.

Quince minutos después estábamos en el domicilio del juez, el honorable Ronald Hawkins, un recio anciano de setenta años de edad que todavía se permitía beber oporto y jugar su partida de golf semanal.

En cuanto estuvimos en su presencia, míster Hawkins arrugó el bien poblado entrecejo canoso.

—Sospecho que se me va a agriar el desayuno que acabo de tomar —fue su primer comentario.

Pero nos escuchó. Y en seguida estalló. El blanco de su estallido fui yo, el primero en hablar.

—Usted está loco, doctor Palmer —dijo—. Y se toma prerrogativas que no son de su competencia: usted no *puede* proponerme una autopsia, sobre todo si un médico tan prestigioso como el doctor Kedernich ha firmado un certificado de defunción por muerte natural.

Siguió despotricando durante unos minutos. Pero nosotros volvimos a la carga. Contábamos con una baza a nuestro favor: aunque lo disimulaba, el juez Hawkins nos apreciaba sinceramente. Incluso nos había invitado en más de una ocasión a cazar en una de sus fincas. Y ésta era una atención que tenía para con muy escasas personas.

Tanto Peter como yo debimos mostrarnos convincentes, pues al cabo el anciano terminó por concedernos la autorización para hacer la autopsia al cadáver de Margaret Fulham, aunque todo ello sin dejar de gruñir y mostrando su particular *cara de ogro*.

Como la señora Fulham no había sido sepultada aún, todo fue más fácil que en los casos del coronel Thomas y el señor Cohen.

Esa misma mañana, Dave Goodmaker y yo nos ocupamos de la autopsia. Con la eficiencia de siempre, Dave advirtió en seguida pequeñas manchitas grisáceas en el corazón de Margaret Fulham.

Se llevó la muestra al laboratorio y regresó poco después:

—Míster Estricnina cabalga de nuevo —dijo, sin ganas de hacer un chiste.

Como Peter aguardaba fuera, fui a darle la noticia: Margaret Fulham había sido asesinada, era evidente.

—Los intuitivos unidos, jamás seremos vencidos —dije en son de broma.

Pero Peter no sonrió. Después de pronunciar unas rápidas palabras de despedida se marchó.

No volví a verle hasta el viernes. Nuestro encuentro fue casual, pues nos tropezamos en Edmonton Street, cuando yo abandonaba el Hospital Saint Francis.

Le pregunté dónde había estado metido durante cuatro días y respondió con un vago:

—Por ahí, husmeando.

—Bueno, ¿es que ya no tienes confianza en mí? —dije, un tanto sorprendido por su parquedad.

—Es que no estoy seguro de mis deducciones.

—Vamos, vamos —palmeé amistosamente su espalda—. Entremos ahí y tomemos una cerveza mientras charlamos.

—Pues bien: tras saber que la señora Fulham había muerto mediante una inyección de estricnina al corazón, decidí

recomenzar los otros casos desde el principio. Ya sabe: he estado llevando a cabo las mismas investigaciones rutinarias, los mismos pasos.

—¿Qué es lo que buscabas?

—Lo que usted me pidió: comprobar si alguien en particular estaba relacionado con las víctimas, con las cuatro víctimas —remachó—. Y creo que tengo una pista, aunque a veces me siento desorientado. Tasha dice que trabajo demasiado, que voy a enfermar. Ella se disgusta y yo también.

—Creo que tu esposa tiene razón: apenas descansas. ¿Por qué no me cedes parte de tu trabajo? —le propuse.

Ya habíamos hablado de ello anteriormente, pero Peter es demasiado celoso de su deber. Me estima sinceramente, pero piensa que los trabajos de investigación son propios de la policía y de nadie más.

—Piensa que yo soy un funcionario del Estado, como tú, y que amo tanto la justicia como tú mismo. Tengo tiempo libre, puedo descargarte de trabajo. Sólo tienes que decir sí.

—Sí —dijo—. Creo que no puedo abarcar tanto como quisiera. Por lo demás, no necesito repetírselo, Clive: confío absolutamente en usted.

—Gracias —respondí, conmovido y orgulloso—, Y ahora, dime: ¿cuál es esa pista

Encendió un cigarrillo, señal de que comenzaba a animarse.

—Es un tipo de treinta y tantos años, delgado, de cabellos rubio-pajizos —describió—. Un hombre de estatura mediana tirando a alto, ágil y suelto de movimientos. Claro que también podría ser una mujer, convenientemente disfrazada.

—Sigue —pedí, profundamente interesado.

—Ese tipo visitó a las cuatro víctimas dos o tres semanas antes de que fueran asesinadas —explicó Peter—, Yo me inclino a pensar que se trata de mister Estricnina —terminó, cauteloso.

—Es muy interesante. Pero, continúa hablando. Quiero saber todo lo que has pensado respecto a ese individuo.

—Creo que se trata del asesino que buscamos porque es tan inteligente como él. En casa de Anthony S. Cohen se presentó como clérigo y como tal vestía. No dio su nombre o en todo caso sólo su víctima lo conocía, pues los parientes que lo vieron en casa de Cohen imaginaron que se trataba de un amigo de éste.

—Una prueba de astucia, indudablemente.

—Al coronel Thomas se presentó como oficial del ejército jubilado —añadió Peter—, Con Bárbara Clyder utilizó otro truco: se hizo pasar por un aristócrata ruso (a la señora Clyder le encantaba codearse con la nobleza). Finalmente, se presentó ante

la señora Fulham como un experto herborista, pues la pobre señora tenía la esperanza de curar su mal mediante las hierbas.

—Ya.

—Para cualquiera no habituado a la investigación, se trataría de cuatro individuos bien diferenciados entre sí, pero yo anoté un dato en las descripciones que recibí: siempre se trataba de un hombre de unos treinta y tantos años, delgado, rubio, de movimientos ágiles y desenvueltos. Eso es lo que me hace concebir la sospecha de que ese individuo es precisamente míster Estricnina.

Mientras bebíamos nuestras jarras de cerveza, reflexioné sobre el asunto.

—Me pregunto qué disfraz adoptará la próxima vez —dije luego—. En el caso de que siga asesinado.

—Seguirá, no le quepa duda. Porque es un maniático, un loco, y no se detendrá hasta que le atrapemos —dijo Peter, reflexivo.

Yo asentí en silencio. Sí, lo más probable era que míster Estricnina continuase su racha de crímenes.

CAPITULO VII

Era una mujer maravillosa. Esbelta, elegante, morena, estilizada y magníficamente proporcionada.

Sus facciones perfectas, bellísimas, venían a ser una mezcla maestra de los rostros de Marlene Dietrich y Gina Lollobrigida.

Era Eve Madison, la famosa actriz de cine. Hasta hace unos años, Eve Madison era ja actriz más cotizada. Rodaba docenas de importantes filmes en compañía de actores consagrados como sir Laurence Olivier, Michael Caine y muchísimos otros de primera fila.

No se le conocían escándalos, ni jamás se prestó a interpretar películas «porno» o subidas de tono. Eve Madison era una artista de los pies a la cabeza.

Era... divina.

¿Por qué he repetido tantas veces la palabra «era» en mi diario? Sencillamente, Eve Madison ya no es nada, porque no se puede llamar vida a la penosa existencia que la infeliz viene arrastrando desde hace unos años.

Una enfermedad de la sangre, de origen desconocido, la ha convertido en un esqueleto viviente.

Cuánto sufrí hace unos días al contemplarla en su lecho, inmóvil, pálida, remedo de un cadáver. Parecía un pajarillo a punto de expirar. Su cuerpo apenas pasaba de los treinta kilos de peso y en su rostro, antes carnoso, lozano y atractivo, la piel se pegaba a los pómulos como si se tratase de una momia.

Me sentí abrumado de dolor y pronuncié palabras de consuelo junto a su oído. Hasta que me callé, consciente de mi torpeza. ¿Qué podría consolar a la infeliz mujer que tenía ante mí?

En un momento de lucidez, Eve me confió:

—Han descubierto una droga maravillosa en Estados Unidos. Si consiguiera reunir el dinero necesario, no lo dudaría ni un minuto... ¡jemprendería el viaje hacia allá inmediatamente!

¿Quién será el estúpido capaz de dar falsas esperanzas a una persona que está más en el Reino de la Muerte que en el mundo de los vivos?

Porque es mentira, no existe tal droga maravillosa: la enfermedad que aqueja a Eve Madison es irreversible.

Ahora, esta pobre mujer carece de lo más imprescindible, pues los gastos originados por su enfermedad le han arruinado: aunque antes de su enfermedad poseía una cuantiosa fortuna.

Es tan pobre que yo mismo me he visto obligado a socorrerla con algún dinero, de modo que su vieja asistenta pueda traerle las medicinas y alimentos indispensables. (En realidad, me he quedado casi sin dinero por socorrerla, pero esto no me importa).

Ayer fui a verla y nuevamente volvió a su cantinela:

—¡Ya es cosa segura! Van a hacer una cuestación urgente para recoger los fondos necesarios. Iré a la clínica del doctor Hobson, en Houston... ¡Me salvaré, mi querido amigo!

Es inhumano. ¿Por qué la harán concebir falsas esperanzas? Cuando pasen los días y comprenda que todo ha sido una ilusión, Eve se sumirá en la desesperación. Los que la engañan no tienen perdón de Dios.

Imagino cuánto sufrirá esta criatura adorable cuando al fin sepa que se han estado burlando de ella. Se me abren las carnes sólo de pensarlo.

En cierto momento de nuestra última entrevista, tuve la tentación de abrirle los ojos, de decirle la verdad. Pero no me atreví; yo no hubiera sido capaz de verla padecer de tal forma.

Y ahora, la decisión va tomando forma lentamente: debo ahorrarle todos los sufrimientos que le depara el futuro. No quiero que se retuerza en su lecho desesperadamente, no quiero verla llorar cuando sepa que sus esperanzas de vida eran ilusorias.

Esta noche lo haré; esta misma noche.

Desde el otro mundo, Eve Madison sonreirá y agradecerá todos mis desvelos para con ella. Estoy seguro.

* * *

Esta tarde salía del Colegio de Médicos, cuando tropecé con una mujer cargada de paquetes.

La culpa fue mía, de la esquina, de la lluvia y... del azar.

Venía de la biblioteca del Colegio de Médicos, donde había permanecido un par de horas seleccionando una lista de sospechosos a partir del anuario. Cuando salí a la calle, estaba diluviando y yo no llevaba paraguas ni gabardina, por lo que corrí hacia la esquina para guarecerme en la próxima parada de autobuses.

Y entonces ocurrió: al torcer la esquina, tropecé violentamente con la mujer cargada de paquetes.

Estuve a punto de derribarla, pero ella era joven y ágil y conservó el equilibrio. Los paquetes, por supuesto, rodaron por el suelo.

Murmuré torpemente unas palabras de disculpa.

—Lo... lo siento... La lluvia... La esquina...

Y ella rió a carcajadas entonces. Era Joy Goodmaker.

Reía con toda el alma, mostrando una boca fresca y unos dientecillos blancos perfectamente regulares.

Mi azoramiento desapareció en el acto para dejar paso a otro sentimiento: el deseo irrefrenable de besar los húmedos y jugosos

labios de Joy.

Fue un instante, pero comprendí que yo deseaba y amaba a aquella mujer más profundamente de lo que podía imaginar.

Joy dejó de reír bruscamente. Con expresión compungida, me tomó por los brazos y murmuró:

—¡Oh, lo siento, lo siento, Clive! Pero estabas tan gracioso doblado por la cintura y con esa expresión de pasma... Discúlpame, pero no pude impedir la risa.

Sin embargo, a mí me hubiera gustado que siguiera riendo largo rato, para complacerme en la contemplación de aquel rostro maravilloso, iluminado por la sonrisa.

Debíamos componer un cuadro muy pintoresco, ella disculpándose, yo mirándola embelesado y... la acera regada de paquetes de todos los tamaños.

Al fin, nos inclinamos y recogimos sus compras, pues la lluvia arreciaba y el papel de envolver, ya húmedo, se deshacía.

—Ven conmigo, Clive; mi coche está a un paso.

Corrimos bajo la lluvia y nos cobijamos en el «Morris» rojo de Joy.

Jadeábamos. Joy se inclinó hacia mí, jubilosa, y dijo algo que no llegué a entender. Pero vi su boca entreabierta, su aliento tibio acaricié mi rostro y... la besé apasionadamente.

Fue un momento sublime, porque ella correspondió a mi caricia con idéntico apasionamiento.

Luego, alguien dio unos golpecitos contra el cristal de la portezuela y nos separamos. Era un «bobby», que sonreía comprensivo, pero al mismo tiempo nos invitaba a alejarnos de allí.

En otro tiempo, yo hubiera enrojecido hasta el cogote, pero en esta ocasión mi estado de ánimo era tan elevado, que sonreí al policía amablemente, sin sentirme avergonzado lo más mínimo.

Joy puso el motor en marcha y nos alejamos a través de las calles del centro comercial.

Durante la media hora que duró el trayecto hasta su casa, ambos permanecimos silenciosos.

El coche se detuvo ante el bloque de apartamentos donde vivían los Goodmaker. La miré y dije:

—Joy, te necesito. Urgentemente.

—Yo también, Clive —confesó con voz cálida—. Hace mucho tiempo que te amo, ¿lo sabías?

—Lo sabía, pero antes yo era un estúpido egoísta. Creo que... he cambiado.

La besé otra vez y ella vibró.

—¿Dónde? —susurró.

—En mi casa, si te parece. No me gustaría que tu hermano nos sorprendiera, si nos quedásemos en la tuya. ¿De acuerdo?
Sonrió picarescamente.

—De acuerdo. Espérame un momento. Llevaré los paquetes a casa y volveré en un vuelo —susurró.

Volvió en pocos minutos, es cierto.

Mientras aguardaba, yo estaba imaginándome cómo Joy se desnudaba lentamente. Un escalofrío de anticipado placer recorrió mi cuerpo.

Ella volvió corriendo, alborotados los rubios cabellos. Entró en el coche y partimos.

Cuando llegamos a mi casa, yo iba percibiendo el sutil aroma que exhalaban los cabellos de Joy Goodmaker. Las manos se me iban a tomarla con ansia, pero me retuve, pues quería hacer las cosas como le gustaban a ella: con ternura; apasionadamente, pero sin salvaje violencia.

Y así fue como llegué al entendimiento profundo de que —hasta entonces— había estado haciendo el idiota. Porque lo que sucedió después valió por todos los años de soledad que yo había vivido anteriormente.

CAPITULO VIII

—¡Dios mío, es tardísimo! —se alarmó Joy, saltando, desnuda, de la cama y corriendo hacia el cuarto de aseo.

Tenía razón: eran casi las once. Para nosotros dos, cinco horas habían transcurrido en un vuelo.

Volvió diez minutos después, ya bañada, peinada y vestida. En sus ojos había un brillo de felicidad.

—A partir de aquí, todo me importa un bledo, excepto tú —dijo; y me besó—. Pero Dave se alarmará si no aparezco en casa dentro de unos minutos. Hasta mañana, amor mío.

Veloz como un antílope Impala desapareció. (Le había entregado una llave de mi casa, para que viniera cuando le apeteciera.)

Yo permanecí un rato en la cama, esforzado en recrear los momentos voluptuosos que habíamos vivido a lo largo de cinco horas.

Al cabo, sonó el teléfono. Era Peter Caswell.

—Clive, míster Estricnina ha vuelto a matar. O eso supongo —dijo.

Me contó la historia en pocas palabras. Una anciana llamada Teresa Blaines, había llamado a la comisaría más próxima para denunciar un raro suceso.

—La señora Blaines es asistente de una artista de cine muy famosa: Eve Madison. La Madison padece una enfermedad de la sangre que la ha mantenido en el lecho desde hace tres años. Una enfermedad grave, hasta el punto de que la pobre mujer estaba desahuciada por los médicos, hasta que alguien vino a darle esperanzas de vida...

—¿*Nuestro* míster Estricnina, quizá? —quise saber.

—No. Un prestigioso hematólogo, el doctor Chris O'Sullivan. Al parecer en Estados Unidos se ha descubierto una droga capaz de curar la misteriosa enfermedad que sufría Eve Madison.

—¿*Sufría*? —pregunté. Y sentí un escalofrío.

—Ha oído bien, Clive, —*sufría*. Porque ahora ya no sufre: está muerta. Y mucho me temo que haya sido cosa de míster Estricnina —respondió Peter.

—Sigue, por favor.

—Bien. Cómo le decía, la asistente llamó a la policía para denunciar que, hacia las diez de la noche, cuando volvía al domicilio de la actriz para velarla durante la noche, se asustó al comprobar que había alguien más en la alcoba de Eve Madison. «Era el actor», confesó la señora Blaines, todavía asustada.

—¿El actor?

—En esta ocasión, míster Estricnina se presentó a su víctima como actor de cine —pronunció Peter con sarcasmo—. ¿Lo ve, Clive? Nuestro asesino es un hombre sorprendente. ¿Qué mejor forma de obtener la rápida confianza de una actriz consagrada de cuarenta años, que presentarse bajo la apariencia de un actor joven y ambicioso?

—Tienes razón. Míster Estricnina posee una mente maquiavélica —dije.

—Desde luego. Pero volvamos a la declaración de la asistenta. Dijo que aquel individuo, el «actor» había venido visitando a la actriz a lo largo de dos semanas. Y ¡pásmese! fue entregando a la señora Blaines unas tres mil libras esterlinas para sufragar los gastos de la enferma, que al parecer estaba arruinada —declaró Peter.

—Un asesino filántropo.

—Compasivo —ironizó Caswell—. La señora Blaines se asustó mucho al ver a míster Estricnina inclinado sobre Eve Madison. Paralizada de terror, la pobre anciana (pues tiene unos sesenta y cinco años) escuchó el alarido de su señora. Por fortuna, aún tuvo arrestos para abandonar el saloncito y esconderse apresuradamente en la cocina. Desde allí, a través de una rendija de la puerta, vio salir al asesino.

Suspiré profundamente.

—Así que míster Estricnina se ha cobrado su quinta víctima...

Peter tosió. Probablemente estaba fumando.

—Eso parece. Estoy hablándole desde el domicilio de la víctima. Aquí está el doctor O'Sullivan y Bernard Pyler, el representante del juez Hawkins, además de toda la parafernalia policial, ya sabe. Le estamos esperando, Clive. El doctor O'Sullivan, con el que he hablado unos minutos quiere decirle algo confidencial.

Salté de la cama.

—Voy enseguida. Pediré un taxi —dije a Peter.

—No es necesario el taxi. En la calle encontrará un coche de la policía aguardándole.

Cinco minutos después, descendí y el auto-patrulla me trasladó al domicilio de Eve Madison.

Peter salió a mi encuentro y me abrió paso entre la muchedumbre de fotógrafos y agentes policiales. Saludé a Pyler y a los demás y estreché la mano del doctor Chris O'Sullivan, un hombre delgado, rubio, de unos cuarenta años, pero que conservaba una cierta apariencia juvenil.

Me impresionó el rictus de horror que transía las facciones de la víctima. No sólo horror, sino también sorpresa e incredulidad

había en aquellas pálidas y demacradas facciones.

Estaba muerta, desde luego.

Saqué una pequeña lupa de mi maletín y observé el pecho de la muerta. Allí, aunque perfectamente disimulada en la circunferencia oscura de la mama, estaba el pinchazo mortal.

Los sanitarios retiraron el cadáver mientras O'Sullivan, Pyler, Caswell y yo charlábamos en un rincón.

—El inspector Caswell me ha dado algunas nociones sobre el caso del asesino que mata a sus víctimas con estricnina

—dijo el doctor O'Sullivan—. Al parecer, se trata de un enfermo mental, pero sumamente inteligente. Caswell y yo nos sentimos muy preocupados.

—¿Por qué?

—Caswell dice que las anteriores víctimas eran ancianos desahuciados, ¿no es cierto?

—Sí —asentí.

—Pues ése no era el caso de la señora Eve Madison —puntualizó el hematólogo—. Por lo menos no era su caso actualmente, puesto que recientemente se ha descubierto el «Wassernil», una droga ya experimentada en la Clínica Hobson, de Houston, en enfermos que padecían la misma anormalidad sanguínea que la señora Madison. Hobson, que es el descubridor del «Wassernil», ha tratado con éxito rotundo a más de cien enfermos aquejados de este mal.

Creo que palidecí.

—¿Quiere decir que... Eve Madison tenía salvación? —pregunté a O'Sullivan, súbitamente seca la garganta.

—Desde luego. Es más: hablé con algunos de los amigos de la víctima, actores como ella. Y en seguida se prestaron a iniciar una cuestación para sufragar los gastos de viaje, hospitalización y tratamiento de Eve Madison, en Houston. El dinero estaba prácticamente disponible. Hubieran bastado unos días más y Eve Madison hubiera podido viajar a Estados Unidos. Quiero decir —pronunció con toda gravedad O'Sullivan— que esa pobre mujer se hubiera salvado.

Creo que chirrié los dientes, de pura indignación. Sin embargo, hice un esfuerzo por controlar mis emociones íntimas.

Di las gracias al doctor O'Sullivan, que se marchó minutos después.

Llevé a Peter a un rincón y le pregunté:

—¿No hay huellas?

—No, hasta ahora —respondió—. Ni tengo esperanzas de encontrarlas, pues lo mismo ocurrió en los otros casos. Míster Estricnina debe ser cauto como una serpiente, y por tanto

peligrosísimo.

—Quieres decir que jamás olvida la precaución de ponerse unos guantes... —sugerí.

—Exactamente. Verá, Clive: los enfermos que el asesino se ha ido «cargando» eran personas que recibían muy pocas visitas. Ya sabe: el temor al contagio y todo eso. De modo que sólo les visitaban uno o dos parientes próximos. Quiero decir que unas huellas extrañas, si existieran, serían fácilmente detectables por nuestro equipo de huellas. Pero no las hay, no existen —clamó Peter rabioso.

También yo me sentía rabioso e impotente. No podía alejar aquel pensamiento de mi cerebro: Eve Madison podía haberse salvado, pero míster Estricnina —tan escrupuloso hasta entonces — no lo había tenido en cuenta cuando le clavó en el corazón la aguja de la jeringuilla cargada de estricnina.

Estricnina.

La idea surgió como un fulgor instantáneo, como un chispazo.

—Tengo que hacer una cosa, esta misma noche —dije, de improviso.

—¿Qué? —preguntó Peter.

—Comunicar a las autoridades sanitarias la necesidad urgente de controlar los laboratorios farmacéuticos —expuse—. No es preciso el control sobre las farmacias, pues los medicamentos compuestos con estricnina sólo contienen el veneno muy diluido y en proporciones nada peligrosas. Son los laboratorios los que hay que vigilar; los comerciales y los de los hospitales y clínicas.

El rostro de Peter se iluminó.

—¡Es una excelente idea! El asesino inyecta estricnina pura a sus víctimas y eso no se encuentra en las farmacias, sino en los laboratorios. Si se detecta un robo, una fuga de esta sustancia pura, tendremos una pista consistente —exclamó.

—Esa es mi idea —asentí—. Pero también quiero mostrarte esta lista.

Le enseñé las notas que había tomado del anuario médico. Y expliqué a mi amigo:

—Como, al parecer, míster Estricnina se limita a operar en Londres, me he ahorrado, por el momento, relacionar a los médicos de otras ciudades. Aun así, como verás, hay ciento treinta médicos entre los treinta y los cuarenta años de edad. Tú puedes hacer ese trabajo, Peter: comprobar cuántos de esta lista se parecen físicamente al asesino.

Excitado, Caswell encendió un cigarrillo y me arrojó una bocanada de humo al rostro.

—Otra ideas positiva —dijo, muy animado—. Yo me haré cargo de

este trabajo y le tendré al tanto.

—Te lo ruego. Es de suma urgencia, pues míster Estricnina puede volver a asesinar. Tenemos que detener cuanto antes al asesino —dije, decidido.

Peter se me quedó mirando con fijeza.

—Creo que hubiera sido usted mejor policía que yo, Clive. Posee una mente clara y profunda que yo mismo querría para mí.

Sonreí.

—Exageras, Peter. Aunque confieso que en mi adolescencia soñaba con ser policía. Después, el *tirón* de mi vocación médica fue más fuerte y me incliné definitivamente hacia la Medicina. Pero tú sabes que también me apasiona la investigación.

Los hombres del equipo de huellas y los fotógrafos habían terminado. Echamos una última ojeada al apartamento de la muerta y salimos a la calle.

Cuando íbamos a subir al coche, me detuve en seco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caswell, tropezando conmigo.

—Nada —respondí, sombrío de repente—. Hasta ahora, hemos considerado que míster Estricnina ha cometido sólo cinco crímenes. Pero ¿quién puede asegurarnos que no sean muchos más? Si Dave Goodmaker no hubiera sido tan escrupuloso y paciente durante la autopsia de la señora Clyder, yo hubiera firmado un certificado de defunción por muerte natural.

Peter asintió en silencio.

—Me aterra pensar que hayamos pasado por alto otros crímenes de míster Estricnina —añadí.

Caswell me tomó por el brazo y dijo:

—Tranquílcese. Mi intuición me dice que la primera víctima de míster Estricnina se produjo en la persona de Anthony S. Cohen, mientras le suplía a usted como forense el doctor Steward.

Me sentí confortado. Peter sabía cómo darme ánimos.

Subimos al coche. Cuando el vehículo se puso en marcha, exclamé:

—¿Steward!

Peter se asustó.

—¿Qué pasa con Steward?

—Nada. Estaba pensando... ¿Te has parado a considerar que hay varios médicos entre los treinta y los cuarenta años, delgados, con cabellos castaños claros o rubios?

Peter parpadeó, sorprendido.

—Tiene razón, Clive. El mismo doctor Steward tiene la apariencia física del asesino. ¿Cree que...?

—¿Que Steward es míster Estricnina? —exclamé—. ¡No, no, ni mucho menos! Me limito a señalar esa coincidencia. Porque, si

sospechase de Steward, debería sospechar también del doctor Kedernich, de Chris O'Sullivan, incluso de Dave Goodmaker. Todos ellos tienen idénticas características físicas, en general.

Caswell me miró de hito en hito.

—Las mismas características físicas, generalizando, que usted mismo doctor Palmer —observó Peter, sarcástico.

Y dejó escapar una carcajada festiva.

CAPITULO IX

Siento una frustración profunda, como una decepción rabiosa que me ha impulsado a pasear en solitario durante horas y horas.

Los periódicos hablan ya de mí a todas horas y me describen como un sádico inteligente, como un asesino sin escrúpulos, astuto, sí, pero inclemente y desquiciado.

No existe mayor injusticia. ¿Yo, sádico, yo cruel, yo inclemente y desquiciado?

Los locos son ellos. También son crueles, sensacionalistas, insensatos, injustos.

¿De qué puede acusárseme, sino de generosidad y humanidad? No he pretendido otra cosa que ahorrar sufrimientos horribles a unos cuantos seres infelices, abocados a una agonía espeluznante: ése es todo mi «delito».

Un tal inspector Peter Caswell ha declarado que el cerco se aprieta cada hora más alrededor de míster Estricnina —pues así es como han dado en llamarme.

Debe ser un policía petulante y superficial. ¡Que el cerco se estrecha más y más alrededor de mí...! No es sino una baladronada inútil, pues no poseen la menor pista que pudiera conducirles hasta mí. Minuciosamente, me he asegurado de no dar un solo paso en falso, de modo que el inspector Caswell no podrá cogerme nunca.

Este hombre —el policía— hace unas declaraciones aventuradas y triunfalistas, pero cuando los periodistas tratan de sonsacarle acerca de su estrategia para dar con míster Estricnina, Caswell sólo sabe dar más explicaciones, inconcretas, vagas y confusas... Todo lo cual demuestra que no tiene la menor pista sobre la personalidad del individuo a quien todos llaman míster Estricnina.

Aprovecha, sí, mi pequeño desliz con Eve Madison. Al parecer, Eve tenía una remota posibilidad de curarse.

Fue un error minúsculo si se compara con el bien que he hecho a personas como Cohen, Thomas, Clyder, Fulham...

Cierto que estas personas no me pidieron literalmente que aliviase sus dolores, pero ¿es justo dudar cuando no queda otra solución que la muerte? Yo tomé esa decisión y no me arrepiento de ello, pues sé que mis queridos amigos, ya muertos, me lo agradecerán desde el Más Allá.

No puedo olvidar a mi madre y en cada persona que agoniza en medio de tremendos sufrimientos, veo su pobre rostro, transido por el zarpazo de la enfermedad.

Durante años, yo me vi obligado a asistir a su atroz agonía. Entonces era un niño y poseía capacidad para decidir, pues de lo contrario yo le hubiera evitado su tormento.

Fue entonces, hace ya largos años, cuando me prometí hacer todo el bien que pudiera por la Humanidad doliente. Por eso me hice médico: para tener la capacidad necesaria que me permitiera cumplir el designio que me tracé a mí mismo: aliviar de su martirio a los desahuciados por la Medicina.

Camino incansablemente a lo largo de las aceras húmedas y resbaladizas. Algunas personas tropiezan conmigo atolondradamente y se alejan sin murmurar una disculpa. ¿Qué reacción sería la suya si supieran que el hombre contra el que han tropezado es nada menos que míster Estricnina?

No está mal; empiece a gustarme ese nombre: míster Estricnina. Incluso han publicado en las portadas de los diarios mi «retrato-robot». Acepto que la silueta puede coincidir con la mía... Tanto como con ¡a figura de cientos de miles de personas que viven en esta gran ciudad que es Londres.

Pero es una silueta sin facciones. ¿Quién es míster Estricnina? ¡Ah, ésa es otra cuestión!

Río sin poderme contener. Una prostituta que se disponía a abordarme, me mira con temor, gruñe algo entre dientes y se aleja como alma que lleva el diablo. Probablemente la han asustado mis carcajadas.

Poco a poco me voy serenando. Mi frustración va dejando paso a una calma relajante, a una visión superior de las cosas.

Y rememoro una de las declaraciones del inspector Peter Caswell a los periodistas, después de la muerte de la pobre Eve Madison. Le acababan de preguntar si sospechaba que míster Estricnina volvería a asesinar de nuevo.

La respuesta del policía fue:

«—No lo creo. El asesino debe adoptar todas las precauciones, pues cada vez estamos más cerca de él. Si es tan inteligente como supongo, dejará de asesinar, al menos por un tiempo. Pero, antes de que se haya esfumado, nosotros caeremos sobre él y le atraparemos.

—Se ha dicho que míster Estricnina es un médico perturbado. ¿Qué puede decirnos al respecto, inspector Caswell?

—Quién podría ser, sino un pobre loco, el autor de esos crímenes injustificables? Sí, señores: pienso que no es otra cosa que un alienado, aunque eso sí: peligrosísimo».

Un alienado peligrosísimo, ésa es la opinión que Peter Caswell tiene de mí.

Por un momento, la ira vuelve a desatarse en mi pecho, pero me controlo.

Luego decido fríamente que es preciso dar una lección a ese petulante policía del Yard. Le demostraré que soy dueño absoluto de mis facultades mentales; le demostraré también que está

completamente errado al imaginar que no volveré a actuar.

Precisamente hoy he conocido a Glen McDonald. Tiene dieciocho años y padece un mal incurable...

* * *

—¿Es cierto? —gruñó Peter, sin quitarse el cigarrillo de los labios.

—Cierto. El plan ha tenido un éxito inmediato. Se han recontado las existencias en los laboratorios comerciales y hospitalarios y se ha detectado una fuga en el Hospital Saint Francis, donde trabajamos Dave y yo como cirujanos —expliqué a Caswell.

—Imagino que, a partir de ahora, el control de drogas y otros específicos se llevará a cabo con todo rigor y secreto...

—Imaginas bien. En Saint Francis no se ha informado de esa fuga de estricnina y hay varias personas de confianza vigilando. De modo que, en cuanto mister Estricnina se decida a robar de nuevo alguna cantidad de droga, caerán sobre él —declaré. Y añadí—: Todo esto supone un largo paso hacia adelante, pues ahora nuestras sospechas recaen sobre un número más limitado de personas.

—Exactamente, todas las que trabajan en el hospital Saint Francis, pues imagino que sólo el personal tendrá acceso al laboratorio —insinuó Peter Caswell.

—Tienes razón: existen medidas de seguridad en el área restringida del laboratorio. Ningún extraño podría penetrar allí. De modo que...

Peter encendió un cigarrillo, muy excitado.

—Creo que estamos a un paso de mister Estricnina. Le atraparemos —comentó, impaciente.

Callamos.

Peter me miró insistentemente.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté, al cabo de un instante de silencio.

—Le veo preocupado, Clive. ¿Por qué? —dijo.

—Ya puedes suponerlo: no es agradable saber que un colega (o al menos, alguien del personal del hospital) es un asesino peligrosísimo —respondí—. Y no se trata ya de la clásica solidaridad entre personas de la misma profesión, sino también la inquietud que produce saber que entre las personas con las que te cruzas o hablas cada día hay un asesino sin escrúpulos, un loco, un maniático empeñado en matar arbitrariamente. Estaba pensando que, probablemente, yo mismo habré charlado cientos de veces con mister Estricnina, quizá incluso hemos tomado una copa juntos...

Caswell asintió. Me miraba con molesta insistencia cuando dijo:

—Incluso puede ser uno de sus ayudantes del quirófano. Una enfermera, uno de los anestesiistas, quizá incluso un auxiliar cirujano...

Me sentí inmediatamente irritado ante aquel comentario.

—¿Gente de mi equipo? ¡No, de ninguna forma! Estoy absolutamente seguro de la integridad de las personas que lo forman —protesté.

—Es usted honrado y crédulo en exceso, doctor Palmer.

—Te he dicho que debes llamarme...

—Clive, lo sé —corrigió vivamente Peter—. Sí, es usted demasiado honesto y leal con los suyos, como para sospechar de los que trabajan a su lado. Pero mi experiencia en la policía me ha demostrado que algunos asesinos son perfectos simuladores. Convénzase, Clive: el asesino puede estar muy cerca de usted, más de lo que imagina. Se lo prevengo porque me disgustaría profundamente que usted se convirtiera en una de las víctimas de *míster Estricnina*. ¿O debemos llamarle... —hizo una pausa significativa—: *doctor Estricnina*?

No supe qué responder. Pero ¿no habíamos sospechado desde el principio que *míster Estricnina* podría ser un médico?

—*Míster Estricnina* o *doctor Estricnina*, tanto da —respondí, desabrido—. Lo que debemos es evitar que vuelva a asesinar.

—Justamente. Y por eso...

Calló. Un camarero acababa de inclinarse sobre él y susurraba unas palabras a su oído.

—Vuelvo en seguida —anunció Caswell, alzándose de la rústica banqueta de haya—. Me llaman por teléfono.

Mientras iba, dirigí una mirada distraída a la calle a través del ventanal, pues nos encontrábamos en un íntimo *pub* del estrecho callejón llamado *Monks Lane*.

Mis pensamientos tomaron un rumbo caprichoso. Pensaba en el *doctor Estricnina* mientras mis dedos jugueteaban inconscientemente con el bolígrafo y mi pequeña agenda de direcciones.

Me sobresalté cuando, al encender un cigarrillo, advertí que mi mano había escrito un nombre y un apellido con toda claridad.

Mi reacción fue incomprensible, si se quiere: arranqué la hoja del bloc y la desmenucé en pedacitos que recogí y guardé apresuradamente en un bolsillo de mi chaqueta.

¿Qué me había ocurrido?

Seguramente, a muchos nos ocurre a veces algo parecido, pues todos tenemos dos formas de elaborar pensamientos: una consciente y otra inconsciente. Cuando tenemos que pensar para realizar un trabajo técnico, elaboramos ideas conscientemente, pero cuando los pensamientos se disparan por su cuenta, podemos llegar a resultados insospechados.

Eso era lo que me acababa de ocurrir a mí: mi cerebro había decidido trabajar por su cuenta, ordenando atisbos, situaciones, datos en suma. Los había barajado y extraído una conclusión. Dos simples

palabras que componían el nombre de una persona. El nombre del asesino que buscábamos, el nombre real del doctor Estricnina.

«Pero... ¡es absurdo, imposible!», pensé con toda conciencia.

Ni siquiera me atrevía a repetir aquel nombre mentalmente.

«Está claro que mi mente, excesivamente sobrecargada, me ha gastado una broma de mal gusto», resumí, tratando de calmar mi desazón interior.

Pero me sobresalté cuando alguien puso una mano sobre mi hombro. Era Peter. En su semblante juvenil había una expresión de urgencia.

—Me temo que el doctor Estricnina haya asesinado de nuevo — anunció en un susurro confidencial—. ¿Quiere venir conmigo?

Me incorporé en el acto.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, inquieto.

—Se lo explicaré por el camino —respondió.

Dejó unas monedas sobre la mesa de haya quemada por los cigarrillos que la gente dejaba descuidadamente en él borde, me tomó familiarmente por un brazo y abandonamos el *pub*.

Me lo explicó todo mientras nos trasladábamos en su coche hacia North Kensington, distrito londinense desde el que acababan de llamarle por teléfono.

CAPITULO X

Glen McDonald aún no había perdido las esperanzas, aunque tenía motivos suficientes para que la desesperación se hubiera apoderado de él largo tiempo atrás.

El motivo de su increíble aguante, de su estoicismo y de sus remotas ilusiones de curación tenía un nombre: juventud. A los dieciocho años se tienen muchas ganas de vivir, aunque uno tenga la apariencia de un monstruo.

La enfermedad había aparecido cuando Glen apenas tenía catorce años. Se trataba de una extraña anormalidad metabólica que deformaba la mitad derecha de su cuerpo. Y así, cuando la mitad izquierda era absolutamente normal, la parte derecha se había hinchado anormalmente hasta darle aquella apariencia grotesca que provocaba asombro, incredulidad, bromas de mal gusto o —en el mejor de los casos- compasión.

Por fortuna, Glen había nacido en el seno de una familia acaudalada. Conor McDonald, su padre, poseía una red de supermercados que producían cientos de miles de libras anualmente.

Hay que reconocer que la familia McDonald no había escatimado dedicación, afecto y dinero para conseguir la curación de Glen. En cuanto apareció la deformidad, Conor llevó a su hijo a una prestigiosa clínica privada, donde los médicos examinaron al chico y le sometieron a toda clase de pruebas.

Pero fue inútil, a pesar de los largos meses de hospitalización. Los médicos especialistas no lograron clasificar la enfermedad de Glen. «Absolutamente desconocida. No hay antecedente». Y en el expediente clínico anotaron: «Enfermedad de McDonald», con lo cual Glen tuvo el indeseable honor de haber dado su nombre a una nueva enfermedad de resultados imprevisibles.

Los médicos se habían comunicado con colegas de todo el mundo, ansiosos por encontrar un remedio a la deformidad monstruosa que iba progresando día a día en el cuerpo de Glen McDonald. Pero también estas consultas resultaron inútiles.

Glen volvió a casa por una temporada. Distraía sus ocios obligados interesándose profundamente por las Ciencias Ocultas, la Magia, la meditación trascendental, el yoga y otros conocimientos, casi todos provenientes de Oriente.

Pero su familia no se había rendido aún. Decidido a agotar su fortuna si era preciso, Conor McDonald llevó a su hijo a las más famosas clínicas norteamericanas.

Pero la quimioterapia a la que fue sometido el muchacho no sólo se demostró inoperante, sino que vino a acelerar el proceso

de deformación de la parte derecha de su cuerpo. (Para entonces, Glen pesaba ya ciento diez kilos y no podía trasladarse a pie, por lo que debía permanecer siempre en una sólida silla de ruedas.)»

Luego comenzó el largo peregrinar de un continente a otro: de América a Europa, a Asia, incluso a África. Consultaban a los más prestigiosos y famosos doctores, se sometía a Glen a toda clase de pruebas y remedios. Se evitaba, eso sí, la quimioterapia, indeseable a todas luces en el caso de Glen McDonald.

Descubrieron que el chico padecía un cierto retraso en el desarrollo sexual y atacaron a la enfermedad apoyados en tal descubrimiento. Pero tampoco obtuvieron éxito.

Glen podría estar retrasado sexualmente, pero era más lúcido e inteligente que muchos adultos sesudos y presumidos. Empezaba a cansarse de ir constantemente de un lugar a otro, de viajar sin reposo, de aviones, de automóviles. Y de clínicas.

—Es inútil —dijo finalmente a su padre—. Todo es inútil. Llévame a casa.

Conor McDonald miró a su hijo con ternura, pero también con impotencia y amargura.

Pero Glen insistió:

—Por favor, volvamos a casa.

Y volvieron.

Glen era consciente de que su monstruosa deformidad le acarrearía secuelas tales como la falta de comprensión y la incomunicación. Ni siquiera en su propia casa, entre los individuos de su familia —su madre, dos hermanas mayores y un hermano menor— podía hallar el ambiente necesario. Su madre gimoteaba cada vez que le veía, sus hermanas estaban dándole constantemente consejo y Jimmy, su hermanito, se burlaba de él cruelmente, a pesar de las amonestaciones de los restantes familiares.

Glen, en consecuencia, decidió vivir solo. Bueno, no exactamente solo: se llevó con él a Lex Birky, el chófer de su padre, que se había hecho demasiado viejo para conducir, pero que sabía tratar al joven adecuadamente.

Conor estuvo de acuerdo, pues sabía que la única amiga de su hijo era la soledad.

Buscaron y compraron una villa en North Kensington, en una zona residencial, serena y silenciosa. Había chalets aislados, grandes avenidas y alamedas, sol a veces e incluso pájaros.

A partir de entonces, Glen fue feliz a su manera. Lex venía veloz en cuanto oía la campanita de cristal, pero no le molestaba si no era requerido, la comida la traían diariamente de un restaurante próximo y nadie les molestaba.

Al principio, sus familiares le visitaban con frecuencia. Pero Glen no deseaba tanta frecuencia y lo expuso claramente. A partir de entonces, sólo acudieron de tarde en tarde. Una vez a la semana, era visitado por el doctor Charles Harcker, el médico de cabecera de la familia.

Glen se tranquilizó mucho en aquel ambiente. Había escogido a Lex Birky como mayordomo y amigo de confianza por dos razones: la primera era que Lex sabía callar y ausentarse cuando no era requerido; la segunda resultaba mucho más compleja. Birky había sido marinero en su juventud y poseía un tesoro incalculable de anécdotas y leyendas de todo tipo, que a veces solían apasionar al hijo de Conor McDonald.

Otra de las pasiones de Glen eran los libros. Birky le traía semanalmente un lote compuesto por los títulos que Glen iba anotando en una lista día por día. Como ya sabemos, se inclinaba preferentemente por los temas orientales, los poderes ocultos, la meditación, la abstracción.

En lo más hondo de su mente, todavía quedaba una esperanza de curación. No esperaba volver a ser normal por el camino de la Medicina, sino por la vía de los de los conocimientos del alma y sus misterios.

En cierto modo, Glen McDonald tenía razón: si una ciencia tan avanzada como la Medicina moderna no había podido curarle, quizá valiera la pena escoger otros remedios menos clásicos, pero tal vez más efectivos.

Y en cualquier caso, leer y meditar le apasionaba. El tiempo empleado así, no era tiempo perdido, ni mucho menos, pues el resultado inmediato era que Glen no reparaba en su desgracia.

Un año entero transcurrió para Glen y su viejo mayordomo en el chalet de North Kensington.

La llamada «Enfermedad de McDonald» progresaba sin cesar, de modo que Glen llegó a pesar doscientos sesenta kilos. Su parte derecha, deformada, anulada casi por completo a la izquierda, dándole la apariencia de un muñeco de goma anormalmente inflado.

Con el fin de ahorrarle el esfuerzo que supondría el simple hecho de dejarse caer en la cama, su padre le había regalado una silla especial, un artilugio automático, muy sólido, capaz de realizar por el enfermo todos los movimientos necesarios.

Entretanto, Glen se había superado a sí mismo en la labor de atesorar conocimientos, pues llegó a ser un verdadero erudito en todas las materias de estudio que le interesaban.

Deseoso de comunicarse de alguna forma con el mundo exterior, comenzó a colaborar con revistas y publicaciones científicas y su nombre se hizo conocido en el mundo de la

Ciencia.

¿Fue quizá esta inesperada fama lo que atrajo al profesor Rusky? Glen pensaba que sí.

Fue una atardecer. Lex Birky apareció, sin ser llamado, en el mirador-estudio de Glen McDonald.

—¿Qué ocurre? —preguntó el muchacho, asombrado.

—Lo siento, Glen. Ese hombre insiste una y otra vez. Le he dicho que no recibes a nadie, pero él asegura que no se marchará sin conocerte. Esta es su tarjeta.

Glen la tomó. El tenaz visitante era el profesor Adam Rusky, doctor en Psicología y Psiquiatría y una eminencia en investigaciones orientales.

La curiosidad y el interés obraron el milagro.

—De acuerdo, hazle pasar —dijo a Birky, que parpadeó, estupefacto, pero se apresuró a salir del estudio.

Minutos después, Rusky estaba ante Glen McDonald. Era un hombre de estatura regular, delgado y elegante, de edad indefinible. Vestía un bien cortado traje gris de mezclilla, y usaba lentes de miope y una barbita puntiaguda.

Tenía unos ojos azules, perspicaces y profundos, que llamaron inmediatamente la atención del joven.

—Síntese, profesor —invitó Glen.

Desde el principio, le gustó una cosa de Rusky: la ausencia de aquella expresión morbosa, malsana, que había visto en tantas personas cuando examinaban su cuerpo deforme y monstruoso. Rusky no miraba su cuerpo, sino que le miraba fijamente a los ojos como si tratase de penetrar hasta el fondo de su alma.

Hablaron animadamente durante varias horas. Rusky era un hombre versado en muchos temas, especialmente el de la muerte. Le gustaba describir las experiencias de enfermos o accidentados, de personas que habían «muerto» por unos instantes en la mesa del quirófano y las vivencias que habían experimentado durante aquellos momentos en que, según la Ciencia, habían permanecido en la zona de las sombras, de la muerte.

A Rusky le gustaba repetir algunas frases. Como aquélla:

—La gente se aferra estúpidamente a esta vida, cuando en realidad la verdadera vida comienza cuando pisamos el umbral de la muerte.

Rusky sabía ser ameno, también. Pero sobre todo era profundo cuando el tema a tratar era la muerte. Ahí dominaba perfectamente la conversación, aportando datos interesantísimos y relatando toda clase de anécdotas y hechos ciertos.

Era ya de noche, cuando el profesor Rusky dijo que era hora de marcharse. Glen se sintió vacío; por primera vez experimentó una

profunda sensación de soledad.

—Por favor, vuelva a visitarme —pidió.

Claro que volvió. Rusky estaba en el chalet de North Kensington al anochecer del siguiente día. Era curioso: siempre venía con las sombras de la noche, a pesar de que Glen le había invitado a venir a cualquier hora del día.

Desde el primer día, el profesor se preocupó por conocer a fondo las características de la enfermedad que aquejaba al joven, de modo que llegó a saber tanto o más que Glen McDonald acerca del mal que le mostraba.

Sin embargo, Rusky jamás opinaba sobre la llamada «Enfermedad de McDonald», ni siquiera osaba dar consejos o esperanzas al muchacho. Oía las explicaciones de Glen, asentía y callaba.

A veces discutían. Por ejemplo, en aquella ocasión en que Glen exclamó:

—Por encima de todo, la vida. Jamás me dejaré vencer por la desesperación. En el último momento, puede ocurrir el milagro.

Esta postura parecía disgustar al profesor, que se esforzaba en convencer a Glen de que, en ocasiones, no queda más solución que la muerte.

CAPITULO XI

El estudio estaba completamente encharcado de sangre, de modo que tuvimos que escoger cuidadosamente el camino para llegar a la silla de Glen McDonald sin mancharnos del rojo líquido.

Acabábamos de cruzarnos con los camilleros que transportaban el cuerpo degollado de Lex Birky. Según el doctor Hacker — médico de cabecera de los McDonald—, Birky aún conservaba un hálito de vida, a pesar de que presentaba una espeluznante herida en el cuello. Precisamente de aquella herida había brotado el inmenso caudal de sangre que manchaba el piso del mirador-estudio de Glen McDonald, donde ahora nos encontrábamos.

—Está en coma, no creo que se salve —acababa de opinar el doctor Harcker refiriéndose a Glen.

Le encontramos sobre su silla-ingenio electrónico. Confieso que me sentí muy interesado al contemplar por vez primera a aquel monstruo. No puedo explicarlo con otras palabras: lo que teníamos delante de nosotros era un ser monstruoso. Su cabeza, enorme, hinchada en la mitad, caía a la derecha y la parte izquierda de su cuerpo desaparecía literalmente bajo la masa grasienta e hinchada de su parte derecha deforme. Una pierna enorme, gruesa como la base de un palo mayor; un brazo más grueso que mi muslo... Todo ello junto a unas extremidades atrofiadas, insignificantes, en su costado izquierdo.

Harcker opinaba que Glen vivía, a pesar de la inyección de estricnina al corazón. Tal aserto parecía absurdo, pero el doctor Harcker tenía razón: Glen vivía, aunque en estado de coma profundo.

Lo examiné rápidamente. Vi el microscópico pinchazo en su pecho —para lo que tuve que usar la lupa de gran aumento— y comprobé que su cuerpo estaba frío y quieto, como una gran masa de gelatina.

El corazón latía débilmente, pero la función cerebral se había inhibido por completo.

Mientras Harcker y yo charlábamos en voz baja, Peter abandonó el estudio, que unos minutos después fue asaltado por la «parafernalia policial», es decir, por los expertos del Yard, que tomaban huellas, husmeaban aquí y allá y disparaban sus flashes centenares de veces.

Peter volvió en seguida.

—Acaban de enviar un mensaje por radio desde el hospital. Lex Birky falleció mientras le trasladaba la ambulancia. Supongo que tendremos que reconstruir pacientemente los hechos para hacernos una idea de lo que ha ocurrido aquí —dijo.

Lo más importante y urgente era enviar a Glen al hospital. Y de eso

nos ocupamos en primer lugar.

Luego, al paso de los días, fuimos sabiendo aproximadamente lo que ocurriera en el apartado chalet de North Kensington.

Fueron miles de entrevistas con las personas del barrio y empleados de servicios; millares de comprobaciones, de llamadas telefónicas, de consultas a diversos organismos, de investigación sin pausa.

Conocimos al profesor Adam Rusky y supimos que había visitado casi diariamente a Glen McDonald durante las últimas dos semanas.

—Rusky no es otro que el doctor Estricnina —dijo Caswell desde el primer momento. Y tenía razón.

Lo que no sabía el doctor Estricnina era que Glen había tomado notas y resúmenes sobre las conversaciones mantenidas por ambos a lo largo de aquellos quince días. Notas que

Glen apuntaba en un diario que el asesino no tuvo la precaución de llevarse o destruir.

Así pues, a primeros de diciembre estábamos en situación de poder imaginarnos lo que había ocurrido aquella noche.

Rusky había llegado a la residencia hacia el anochecer (como siempre). A instancias de Glen, Birky trajo té y una copa de licor para el profesor. Después el mayordomo se retiró a sus habitaciones.

Pero lo que Rusky ignoraba era que el viejo marinero jamás descuidaba una de las facetas de su trabajo: vigilar y proteger a Glen.

El doctor Estricnina había tomado ya su siniestra decisión: enviar a Glen al otro mundo.

Y así, mientras el joven hablaba muy animado acerca de la meditación trascendental, el doctor Estricnina preparó su equipo de inyecciones que ocultaba en un estuche negro.

Lex Birky le estaba vigilando —como cada noche— y se extrañó al ver cómo el profesor Rusky, de espaldas a Glen, sacaba el equipo de inyecciones, rompía una ampolla y cargaba la delgada jeringuilla.

Se previno. La conducta de Rusky era suficiente motivo de sospecha.

Pero apenas tuvo tiempo de intervenir eficazmente, porque el doctor Estricnina se volvió súbitamente y se lanzó sobre Glen. En los segundos que tardó en abandonar su puesto de observación y penetrar en el estudio, Lex lo vio todo como una proyección a cámara lenta: Glen parpadeaba, sorprendido, al tiempo que Rusky desabotonaba apresuradamente su ancho jersey y buscaba el exiguo hemitórax izquierdo. Vio brillar la finísima aguja de la jeringuilla y dio un grito. Rusky se volvió un instante, sorprendido, pero en seguida se inclinó sobre el impotente Glen y

le clavó la aguja en el pecho.

Luego... El doctor Estricnina arrojó, rabioso, la jeringuilla y buscó en el bolsillo de su chaqueta.

Lex sólo pudo ver un relámpago acerado. Aunque él jamás lo supo, lo que cortó su yugular fue un bisturí, un afilado bisturí de acero. (Esto nos sirvió para suponer que Rusky, de algún modo, desconfiaba del fiel mayordomo; por eso estaba preparado —el bisturí— para afrontar el ataque de Lex Birky).

Siete días después de aquel suceso, recibí una llamada telefónica en mi despacho. Quien me llamaba era el doctor Harcker.

—Clive, esto es milagroso. Yo, al menos, no puedo darle otro nombre.

—Bien. ¿Qué ocurre?

—No vas a creerlo: Glen McDonald está a salvo —declaró.

No pude contener una exclamación de sorpresa y de sincera alegría.

Pero grité:

—¡Imposible! La dosis de estricnina, debía...

—Ya te he dicho que es un milagro —me interrumpió Harcker, con gran excitación—. Comprendo tu asombro: Glen debía haber muerto fulminantemente, pero no es así. ¡Es increíble, lo sé! Glen ha vuelto en sí del coma y ha pedido alimento. Está consciente, lúcido y alegre. Y ahora, déjame que te diga algo más.

—Habla, por favor —demandé, con la garganta tan seca como el esparto.

—Durante estos días de hospitalización, Glen ha ido perdiendo peso paulatinamente. Es decir, su deformación ha cedido ostensiblemente, pero su parte normal continúa igual. Es decir, creo que la enfermedad ha hecho crisis, que Glen está en vías de curación —exclamó atropelladamente.

—¡Increíble!

—Tal vez. Y la explicación es clara: la estricnina con la que el loco profesor Rusky pretendía matarle es... precisamente lo que ha obrado el milagro. Me he puesto al habla con varios eminentes especialistas y hemos acordado observar al enfermo, quizá incluso utilizar nuevas dosis de estricnina, aunque con toda prudencia. De todas formas, el fenómeno es irrecusable: Glen está fuera de peligro y prospera, día a día, hora a hora.

Suspiré.

¿Podía darse un hecho más absurdo? Increíble, chocante, milagroso... Pueden ponerse los adjetivos que uno quiera. Glen tenía que haber muerto en el acto... Sin embargo, el veneno con el que el doctor Estricnina pretendía matarle le iba a dar, por

contraste, la vida.

Cuando terminé de hablar con Harcker, llamé a Caswell. Pero Peter conocía ya la noticia. Y tenía otras.

—Hoy es el día de las sorpresas, de las revelaciones asombrosas. Siéntese si quiere, Clive, porque estoy seguro de que va a tambalearse cuando sepa lo que tengo que decirle —resonó la voz de Peter en el auricular.

Prudentemente, seguí su consejo. Es decir, me dejé caer sobre un sillón.

—Habla —pedí con un hilo de voz.

—¿Está solo, Clive? —insistió Peter, cauteloso.

—Totalmente —respondí.

Oí su jadeo antes de que dijese:

—Tengo la sospecha de que el doctor Estricnina es... el doctor Dave Goodmaker, su ayudante.

Me incorporé de un brinco.

—¿Quéeee?

—Lo ha oído perfectamente, doctor Palmer —repitió Peter, con voz más fría de lo acostumbrado—. Tengo serias razones para sospechar que el asesino que buscamos es Dave Goodmaker.

Volví a derrumbarme sobre el sillón.

Dave Goodmaker.

Yo mismo había escrito —inconscientemente— aquellas dos palabras sobre un bloc en el pequeño *pub* de Monks Lane, unos días antes.

Pero era absurdo, absurdo, ¡absurdo!

Traté de serenarme.

—Peter, ¿has bebido?

—Usted sabe muy bien que jamás abuso de las bebidas alcohólicas —respondió Caswell sin molestarse—. Pero será mejor que hablemos. ¿Puedo subir?

—¿Dónde estás?

—Aquí mismo, en una cafetería próxima de su misma calle —Peter había bajado la voz hasta convertirla en un quedo susurro—. Y ¿sabe una cosa? Dave Goodmaker, disfrazado de forma estrafalaria, me está espiando desde un rincón.

De nuevo me agité de un brinco.

—¿Estás seguro de que es él?

—Segurísimo. Le conozco muy bien, usted lo sabe. Pero además llevo unos días vigilándole.

—¡Peter! ¡Has estado ocultándome todo eso! No sé cómo no te da ver...

—¡No grite! Dave tiene un oído finísimo y podría escuchar algo, aunque se encuentra a unos diez metros de distancia del teléfono

que estoy utilizando. Y escúcheme.

—Di —murmuré con voz estrangulada por la angustia y el pánico.

—Usted mismo me brindó la idea. ¿Recuerda? Dijo que había demasiados médicos parecidos físicamente al doctor Estricnina... Pues bien, decidí investigar en esa dirección. Y mi sospechoso número uno es precisamente Dave Goodmaker.

No me atreví a interrumpirle, pero advertí que el ritmo de mi corazón se aceleraba.

—Podíamos hablar tranquilamente en un lugar seguro —sugirió Peter—, El *pub* de Monks Lane, por ejemplo.

—Pero dices que Dave te está espiando —susurré, tratando de ordenar lógicamente mis ideas—. Si es así, nos seguirá y...

—Dave me sigue a mí, *sólo a mí*, y yo conozco sus motivaciones. Pero sé muy bien cómo darle esquinazo. Ahora —hubo una pausa— son las nueve. ¿Qué le parece si nos reunimos a las diez en el *pub* de Monks Lane?

—Bien —respondí.

—Ahora, apague las luces y asómese a la ventana. Voy a subir a mi coche y me alejaré lentamente. Lo comprobará: Dave me seguirá en una motocicleta «Toyota» de gran cilindrada. Para que usted no pueda equivocarse, le describiré el atuendo de su ayudante: botas con polainas, pantalón tejano, anorak largo de color verde y un ridículo gorrito de punto. Lleva, también, gafas oscuras. Esperaré un minutos y saldré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —siseé.

Colgué y apagué la única luz encendida: la de mi despacho. Sin perder un segundo, corrí a la ventana y miré a través de los visillos.

Transcurrió exactamente un minuto y vi salir de la cafetería a Peter Caswell, que se dirigió sin prisas a su coche, un vehículo sin distintivos policiales aparcado al otro lado de la calle.

El automóvil de Caswell se puso en marcha. Yo no perdía de vista la motocicleta «Toyota» aparcada junto al bordillo a pocos metros de distancia de la puerta de la cafetería. A los pocos segundos salió Dave Goodmaker. Porque era él, a pesar de su ridículo disfraz. Era su estatura, su corpulencia, sus movimientos, que yo conocía tan bien después de tantos años de convivencia profesional y amistosa.

—Es imposible, imposible —murmuré.

Pero Dave cruzó la calle, arrancó la «Toyota» de un potente pedalazo y partió en pos del coche de Caswell, que rodaba a pequeña velocidad a unos cien metros de distancia.

Abandoné mi casa seguidamente, eché una desconfiada mirada

a la calle y me alejé. Cuando estuve seguro de que nadie me seguía, detuve un taxi y me dirigí a Monks Lane.

A las nueve y media de la noche, yo estaba sentado en una mesa apartada, tomándome la segunda cerveza. Comenzaba a sentirme muy impaciente, cuando apareció Peter, por fin.

Pidió una cerveza y se sentó frente a mí.

—Uno de mis hombres sigue a Dave. Desde luego, no me resultó demasiado difícil darle esquinazo: estoy habituado a ello —dijo.

Pero yo fui directamente al grano.

—¿Qué pruebas tienes contra Goodmaker? —pregunté, enfurruñado y un tanto hostil.

—Ninguna, por ahora. Sólo son sospechas —respondió—. Pero empecemos por el principio. Cuando usted mencionó el parecido físico que unía a determinados médicos (incluido usted mismo, no lo olvide), decidí investigar. Puse a un hombre detrás de cada uno de los que usted nombró y, no sé por qué, me reservé para mí mismo a Dave Goodmaker. A partir de mis pesquisas, he podido llegar a determinadas conclusiones.

—¿Qué conclusiones? —le acosé.

—Primera: Dave abandona su casa todas las noches, de forma disimulada. Segunda: trata decididamente de pasar desapercibido, pues cada noche se disfraza de una forma diferente. Tercera: pasea durante horas y horas, sin descanso y habla entre dientes consigo mismo. Cuarta: no parece la misma persona. Quinta...

Me apabullaba con aquel torrente de datos.

—Bien, bien, todos tenemos rarezas. Pero de ahí a sospechar que Dave sea míster Estricnina...

—Doctor Palmer: usted se está obcecando por fidelidad a un experto ayudante y por amistad a Dave; aparte de Joy, claro está.

—¿Joy? —murmuré, atrapado.

—Vamos, vamos. Usted y yo somos amigos también, ¿no? —comentó, con cierta ironía—. Nos conocemos bien. Observé cierto cambio positivo en usted, hace unas semanas. Luego nos encontramos una noche, cuando usted y Joy cenaban en cierto conocido restaurante. Ambos se miraban a los ojos y se acariciaban las manos disimuladamente bajo el mantel. Eso está claro.

—¡Maldita sea tu condenada sagacidad de policía! —estallé. Pero bajé la voz y sonreí—: Tienes razón, estamos enamorados.

—Pues el amor que siente hacia Joy limita mucho sus reconocidas cualidades intuitivas, amigo mío —respondió Peter, comprensivo.

—Creo que tienes razón. Debí hablarte de lo de Joy. Nos

amamos, no puedo negarlo. Probablemente, nos casaremos en seguida. Y ahora tú me dices que Dave puede ser el doctor Estricnina. ¡Sería horrible, Peter!

—Pero hay que hacer frente a los hechos. Y los hechos son así: obtuve unas fotos de Dave y en el laboratorio me hicieron un arreglo, es decir, un foto-montaje. Disponiendo ya de varias fotografías en las que Dave aparecía vestido de diversas formas, fui a interrogar a algunos parientes y amigos de las víctimas. Reconocieron sin dudar al doctor Estricnina.

Comencé a exudar copiosamente, a pesar de que la noche era fría y el ambiente del *pub* no era muy acogedor.

Peter me dio tiempo. Sabía que yo me hallaba sometido en aquel momento a emociones e ideas contradictorias; sabía que estaba librando una dura batalla conmigo mismo. En consecuencia y con su habitual tacto, se levantó de la banqueta simulando que iba a atender una necesidad menor.

Volvió al cabo de cinco minutos. Se sentó y me miró.

—Hablemos tranquilamente —me propuso—. Como si el problema no fuera con nosotros. ¡Lo sé, lo sé! —se apresuró a añadir al captar un gesto mío—: Tiene que ver con nosotros, pero podemos hablar de ello con serenidad, como lo hemos hechos siempre.

—Lo intentaré —jadeé. Y acepté con un ademán nervioso el cigarrillo que Caswell me ofrecía.

Nos trajeron otras jarras de cerveza. Bebí lentamente, con la intención de apurar hasta el último segundo del tiempo que Peter estaba concediéndome.

Y dije:

—Hay un tremendo contrasentido.

—Explíquese, Clive —demandó mi amigo el policía.

—Vamos a dar por comprobado que Dave fuese el doctor Estricnina, es decir: el asesino que nos trae de cabeza.

—Démoslo por aprobado —respondió mi amigo, siempre escrupuloso a la hora de utilizar el léxico legal.

—En tal caso —continué, fumando rabiosamente—, ¿cómo explicar su conducta como ayudante del forense, es decir, como ayudante mío? Reflexiona, Peter: gracias a Dave se pudo establecer que la señora Clyder había sido asesinada. Su paciencia, su profesionalidad y su eficacia, su amor a la Medicina... Todo ello hicieron posible nuestro éxito. Y me refiero a ti y a mí. Tú te apuntaste un tanto considerable y yo también. Clyder no era un caso de muerte natural, sino un caso de asesinato. Se lo debemos a Dave. ¿No te parece una paradoja que el propio asesino desvelase sus asesinatos en la sala de autopsias?

Peter calló. Se masajeaba las sienes, se agitaba, bebía un corto sorbo de cerveza y, sobre todo, fumaba. Apenas había terminado

un cigarrillo, lo aplastaba en el cenicero de cerámica barata y volvía a encender otro. Todo ello, llevado a un ritmo nervioso, celéreo.

Mi pregunta era capciosa, porque yo ya me había hecho una idea real de los acontecimientos.

Para ser claros: yo *sabía* que Dave Goodmaker era el doctor Estricnina. ¿Pruebas? ¡No! Era simple capacidad intuitiva.

Yo sabía algo más. O lo intuía. Si Dave era el doctor Estricnina, necesariamente tenía que estar loco.

Dave era mi amigo, pero también lo era —y mucho más— Peter Caswell. Por tanto, tras dudar unos minutos, decidí hablar con toda la sinceridad del mundo.

—Está loco, Peter. Está loco —declaré.

Era grave la expresión de mi amigo el policía cuando alzó la cabeza, sostenida entre ambas manos.

—Eso lo sospechamos desde el primer momento. Es decir: imaginábamos que un asesino como él debía ser, necesariamente, un perturbado —dijo.

—Pero entonces no sabíamos quién era el asesino —puntalicé—. No sabíamos que era *nuestro* amigo.

Peter se bebió su jarra de cerveza —mediada— de un solo y enérgico trago. Y me miró con tal fijeza que me molestó.

—Sigue tratando de protegerle, doctor Palmer —pronunció con cuidado—. Yo también aprecio a Dave, pero si es el criminal que imaginamos, ni siquiera la locura le salvaría de ser detenido, procesado e ingresado en el lugar que corresponda.

Me sentí vencido.

—Tienes razón, Peter —admití—. Esa es la estricta justicia. Y debe ser igual para todos.

Sucedió una pausa. Los dos estábamos de acuerdo. Los dos nos sentíamos profundamente disgustados, doloridos.

Alrededor de nosotros, la sencilla gente iba y venía, tomaban sus copas, sus jarras de espumosa cerveza; reían o discutían, charlaban en susurros o se tocaban disimuladamente las parejas de jóvenes enamorados (los que solían elegir los rincones más íntimos del *pub*).

—¿Qué tipo de locura es ésta? —me preguntó Peter de repente.

No tenía que reflexionar; yo tenía ya una idea aproximada.

—Desdoblamiento de la personalidad o doble personalidad —respondí—. Es una psicopatía profunda.

Las facciones de Caswell se animaron.

—¡Sí! —exclamó—. Eso es: doble personalidad. Durante el día, Dave Goodmaker es un profesional honrado, cumplidor, consciente... Pero cuando llega la noche...

—Se convierte en otra persona —susurré, contemplando el banco de humo azulado que flotaba a la altura de los apliques luminosos—. Casi siempre es un trauma infantil el agente provocador de ese tipo de psicopatías. Tendría que consultar con Joy. Tendríamos que...

Pero Peter me acució:

—No podemos perder el tiempo. Dave es, parece, un psicópata, un loco, y por tanto irresponsable. Pero nosotros somos personas responsables y debemos evitar que... *vuelva a matar*.

CAPITULO XII

Ahora sé que estoy en peligro.

El culpable fue el inconsciente Lex Birky, ese viejo marinero con resabios de guardaespaldas bien pagado. ¿Por qué tuvo que entrometerse? Si hubiera permanecido al margen —si de verdad hubiera sentido algún afecto por Glen—, Birky no hubiera sido nunca el obstáculo que se interpone en mi carrera hacia el bien.

Tuve que matarle, lo confieso. ¡El muy imbécil trató de impedir mi racha de obras de misericordia!

Ahora, los medios de comunicación están hipersensibilizados, excitados hasta el paroxismo. Hablan de la Bestia Humana, del médico verdugo que ejecuta a sus víctimas sin darles una oportunidad para elegir. Mi denominación ha variado: ya no me llaman míster Estricnina, sino doctor Estricnina. Caprichos de la gente, de los tibios, los que no son capaces de tomar una resolución jamás.

La radio y la televisión lanzan anatemas sobre mí, cuando lo justo sería que todos me ensalzasen. En cuanto a los de la prensa, éstos son unos fanáticos con ideas preconcebidas. Publican retratos-robot que en nada se parecen a mí —al menos en las facciones— y lanzan a los buscadores de recompensas contra el doctor Estricnina a cambio de... ¡mil libras! Una miseria, sin lugar a dudas.

Lo único que me produce pesar es mi fracaso con Glen McDonald. ¡Pobre muchacho! Me duele imaginar que aún tendrá que vivir, agonizante, unos cuantos años más.

Confieso aquí que he intentado rematar mi misión. Por segunda vez, me he acercado a Glen, pero las condiciones de seguridad en el Hospital Saint Francis son tan estrictas que me he visto obligado a ceder, aunque es muy posible que trate de liberar a Glen en una ocasión próxima y propicia, cuando vuelva a su residencia de North Kensington.

La mañana del domingo tuve una pesadilla. De nuevo volví a ver a mamá en su lecho de muerte. Flaca, depauperada, al borde de la muerte, pero aún viva y padeciendo los horrores del infierno en sus carnes, me pedía en medio de gemidos infrahumanos:

«—¡Por favor, por favor, hijo mío, líbrame de este tormento!»

Y se retorció sobre el lecho, sintiendo sus entrañas traspasadas por el dolor que le provocaba su enfermedad irreversible.

Por desgracia, yo no pude liberarla entonces. Pero me prometí a mí mismo que, en cuanto fuera mayor, dedicaría mi vida a menguar los dolores de los que sufren.

Hasta ahora, estoy orgulloso de mí mismo, aunque todavía no he hecho ni una mínima parte de lo que me he propuesto... ¡En el mundo no debe quedar una sola criatura sollozante, una sola persona que

arrastré su condición mortal, mezquina y doliente, a lo largo de la eternidad que, a veces, pueden ser unos cuantos meses, unas semanas de martirio, quizá sólo unos días.

Sin embargo, el sentido del deber no debe menguar mi cautela. Hay muchos enemigos peligrosos, como ese inspector Caswell, el cual, a pesar de su petulancia, cuenta con la maquinaria de la policía a su favor. A Caswell nada le envanecería más que poder llevar ante los jueces al famoso doctor Estricnina. Pero yo lo evitaré.

Quizá... ¡quizá me vea obligado a matarle! No quiero pensar en ello, pero si Caswell sigue insistiendo en perseguirme, quién sabe adónde puedo llegar.

Hay algo que me preocupa también. Es la amistad y la confianza que unen a Caswell y a Clive Palmer.

Hasta ahora he confiado plenamente en Clive, pero a lo largo de las últimas jornadas he observado que él y ese policía se reúnen con demasiada frecuencia.

¿Quién puede dudar de que yo estimo a Clive Palmer profundamente? El me enseñó todo lo que yo sé, profesionalmente hablando. Desde el principio, Clive se volcó en mí, me amparó y educó. Pero...

Por cumplir con mi destino soy capaz de cualquier cosa. Incluso de apartar de mi camino a las personas que más amo.

Por cierto: Joy parece perdidamente enamorada de Clive. Día a día, mi hermana ha ido cambiando hasta convertirse en otra. Antes se dedicaba exclusivamente a suspirar y a cuidarme. Se ocupaba de mi atuendo personal, de mi salud, de mi aspecto, de mi recreo... Ahora, por el contrario, parece inhibirse totalmente de mí para dedicarse en exclusiva a vivir su amor con Clive Palmer.

He reflexionado seriamente sobre esto último, sobre la relación entre Joy y Clive. Y luego he pensado en ese policía, el inspector Caswell... ¿No estarán conspirando los tres para encerrarme en una trampa mortal?

Por el momento, he percibido que Joy me rehúye constantemente. Entra, sale y procura siempre permanecer la mayor parte del tiempo fuera de casa. Antes era todo lo contrario: en cuanto terminaba su labor profesional, se recluía en casa y dedicaba su tiempo a ordenar mis cosas, preparar mi comida, inspeccionar mi cuenta de ahorros, aconsejarme respecto a mi dinero y mis asuntos profesionales... Pero ahora no. Ahora dedica todo su tiempo a Clive.

No es que me sienta celoso, Dios me libre de los celos. Pero no puedo permitir que me desatienda totalmente para entregarse a un advenedizo como Clive Palmer.

No puedo apartar de mi mente esta obsesión: Clive-Joy- inspector Caswell. Cuanto más pienso en ello, más llego a la conclusión de que

me están preparando una encerrona.

Debo tomar precauciones, aunque no obraré a la ligera. Ahora debo comprobar que mis sospechas son ciertas.

Si lo son, no dudaré ni un momento.

* * *

Clive lleva diez días sin aparecer por las instalaciones de la Morgue. Me he visto obligado a asumir sus funciones de médico forense y a practicar varias autopsias.

Aunque le llamé por teléfono varias veces, Clive no ha contestado.

También he preguntado a Joy directamente. Mi hermana se ha mordido los labios y no ha dicho nada.

¿Qué es lo que preparan, qué clase de conspiración es la suya?

De momento, he planeado un proyecto para los tres, en el caso de que mis sospechas se vean confirmadas. Por desgracia, no veo últimamente a Caswell y Joy se me escapa de entre las manos en cuanto nos tropezamos. Todo lo cual aumenta mis sospechas.

Por fin, hoy llegan noticias relacionadas con Clive Palmer.

¡Pobre amigo mío! Y pensar que yo sospechaba de él... sin adivinar que estaba a un paso de la muerte.

Acabo de saber que Clive está desahuciado. Padece un gravísimo carcinoma que afecta a los pulmones, el estómago e incluso el abdomen.

Ahora comprendo su rara actitud de las últimas semanas, su falta de humor, su expresión esquiva y preocupada. Ahora lo sé todo.

Sé que lleva doce días hospitalizado en el Centro de Oncología Kadriwall-Hammond.

Según su director, el caso de Clive es desesperado. No le han llevado a Kadriwall-Hammond para intentar curarle a la desesperada — puesto que su mal no tiene remedio—, sino para atenderle durante su larga agonía, pues al parecer todavía le restan muchos meses de atroces sufrimientos.

¡Pobre amigo! Es injusto que sea Clive precisamente quien tenga que morir, pero más injusto aún es que su agonía, cruenta y espeluznante, se alargue durante meses.

Me imagino su estado de ánimo. Seguro que Clive daría cuanto fuera por aliviar sus padecimientos.

Y yo... ¡yo soy su amigo! Quizá su único amigo.

Al menos, el único que está dispuesto a todo con tal de ahorrarle padecimientos inútiles.

Voy a hacerlo. Voy a liberarle sin reparar en sacrificios.

Es posible que Caswell salte sobre mí aprovechando cualquiera de mis

fallos, pero ni siquiera eso podría detenerme.
Yo, el doctor Estricnina, no tengo miedo. Sólo decisión.

CAPITULO XIII

Joy se echó a llorar desconsoladamente.

—¡Lo temía, Clive, siempre lo temí! —gimió.

Acabábamos de amarnos desesperadamente.

Esa es la expresión justa: *desesperadamente*. No hubo un especial deleite, ni estremecimientos voluptuosos ni nada de lo que suele acompañar al amor relajado y feliz.

Nos habíamos amado porque nos necesitábamos el uno al otro. Padecíamos la misma angustia y compartíamos el mismo pánico.

Me había costado gran esfuerzo hablar sinceramente con Joy. Sufrí al confesarle mis temores porque la amo. De ninguna forma la hubiera hecho padecer... si no supiera que callar lo que sabía acerca de Dave sería mil veces peor.

Ella me había escuchado en silencio. Sólo algunas leves crispaciones faciales daban fe del huracán de emociones que se producían en su interior.

Cuando terminé, Joy susurró con un temblor de labios:

—Lo temía, siempre lo temí.

Tragué saliva.

—¿Lo sospechabas?

—No era nada concreto. Algo intangible en la actitud de mi hermano. Ya sabes que él me lleva casi diez años... Pero en cuanto tuve uso de razón, percibí algo extraño en la actitud de Dave: tenía un carácter afable, entusiasta y amable durante el día; pero al anochecer cambiaba ostensiblemente. Entonces se volvía introvertido, huidizo y pensativo.

—Y tus padres, vuestros padres... ¿no advirtieron esa dualidad de conductas en Dave? —pregunté, profundamente interesado.

Joy enarcó una ceja.

—¿Mis padres? El era actor de cierta fama. Obtuvo un contrato para Hollywood y jamás volvimos a verle. No debió tener mucho éxito en América y desapareció en medio de la masa de fracasados. Mi madre enfermó poco después de traerme al mundo. No se trataba de una indisposición leve, según me explicó después tía Judith.

—¿Tía Judith?

—Una hermana de mi madre, que se hizo cargo de la educación de mi hermano y de mí —explicó Joy, retorciéndose las manos de angustia—. Tía Judith era la hermana mayor de mamá, una vieja profesora, puritana y seca de carácter, pero con la suficiente voluntad para hacerse cargo de dos niños. Ella nos sacó adelante.

—Decías que vuestra madre padecía...

—Tía Judith nunca me lo explicó con claridad, aunque me dio

a entender que el mal que padecía mamá era muy grave, incurable. Murió, finalmente, tras una terrible agonía que duró años. Tía Judith gastó todos sus ahorros en aliviar sus dolores, pero mucho me temo que no consiguiera gran cosa. Eso debió marcar a Dave para siempre, porque su tema favorito, ya en la edad adulta, era la eutanasia.

—Eutanasia —repetí como un eco.

—Sí, eutanasia. Dave opinaba que no se debía permitir que una persona agonizara durante años o meses cuando la Ciencia estaba convencida de que no tenía salvación. Esta postura era positiva, aunque discutible. Luego... Supongo que su mente se deformó y enfermó. Comenzó a portarse de forma rara. Fue cuando terminó su carrera de Medicina.

—¿Qué es lo que hacía?

—Bueno... Gustaba de estar solo la mayor parte del tiempo. Descuidaba su aseo personal e incluso su atuendo. Se pasaba horas y horas en su habitación leyendo libroles, desde tratados de Etica hasta textos legales y tratados de Criminología. Tía Judith había muerto ya y nosotros terminamos nuestras carreras en medio de grandes miserias, pero él se colocó en el Hospital Saint Francis y comenzó a ganar dinero.

Encendí dos cigarrillos. Joy tomó el suyo y fumó con gran ansiedad.

—Cada vez se mostraba más raro —continuó, luego—. Desaparecía al anochecer y regresaba de madrugada. Me preocupaba, ¿sabes? Imagínate que siendo joven y alegre durante el día, en cuanto llegaba la noche se convertía en un ser huraño, en un hombre totalmente distinto. A veces salía con alguna chica (siempre de día), pero jamás llegó a apasionarse por ninguna. Todo esto me obligó a pensar si no sería homosexual, pero le planteé abiertamente la cuestión y dijo: «Mi problema es muy diferente». Pero no logré que me explicase cuál era *su problema*.

Aplastó nerviosamente el cigarrillo en un cenicero de cristal que estaba en la mesilla de noche y añadió:

—Le seguí un par de noches, imaginando que mantenía algún vicio escondido. Pero lo único que hacía era vagar a lo largo de las callejuelas, caminar incansablemente, vestido de forma estrafalaria, hablar entre dientes y... regresar, exhausto, a casa.

—¿No pensaste que Dave podía padecer algún desequilibrio mental? —interpuse.

—¡Claro que lo pensé! E incluso se lo planteé a él, con todo el tacto posible. Pero Dave se enfureció. «¡Estás loca!», vociferó. «¡No vuelvas a ofenderme otra vez dudando de mi cordura!» Y tenía un aspecto tan terrible que jamás me atreví a hablar de ello.

Joy se irguió sobre el lecho, tomó un segundo cigarrillo con ademanos dominados por la ansiedad, lo encendió, exhaló una densa bocanada de humo gris y dijo:

—¿No lo comprendes, Clive? Yo quería a mi hermano, me preocupaba por él... Pero me daba miedo. Adivinaba que sufría algún trastorno mental, pero, por otra parte, su conducta como profesional y como persona era intachable. Jamás se peleó con nadie ni provocó el más ligero escándalo. ¿Comprendes mi postura, la comprendes? —repitió, con desesperado acento.

La acaricié y la besé. Temblaba.

Ella ya había oído todo lo que yo tenía que decir. Ahora sólo quedaba afrontar los hechos.

Carraspeé para aclararme la garganta. ¡Dios, cuánto odiaba tener que decir aquellas cosas a la mujer que amaba! Pero tenía que hacerlo, aunque me ganase su repulsa.

—Joy, tu hermano está loco. Es duro, sí. Pero es cierto. Y ha matado. Su mente desequilibrada le ha forzado a cometer numerosos asesinatos. No puedo hablar más claro, Joy: Dave supone un gravísimo peligro para la comunidad. Ni siquiera puede establecer ya lo que es justo o injusto (sólo tienes que recordar el caso Madison; aquella pobre mujer se hubiera salvado si Dave no hubiera decidido por su cuenta enviarla al otro mundo por la vía de la estricnina). Por tanto, nuestro deber es evitar que cometa nuevos desmanes.

Un rictus de amargura se reflejó en el rostro juvenil de Joy.

—Eso quiere decir... ¿el manicomio?

Asentí con el gesto.

—Podemos llamarlo sanatorio psiquiátrico, pero es lo mismo. No sé si su locura tiene cura o no: eso tendrán que decirlo los psiquiatras. Pero lo indiscutible es que hay que ponerlo a buen recaudo. Caso contrario, seguirá asesinando —pronunció con voz ronca.

Me miró de hito en hito.

—Supongo que tú y el inspector Caswell habéis llegado a alguna forma de acuerdo —sugirió, muy inquieta.

—Sí. Peter estaría dispuesto a mantener el asunto en secreto, incluso a costa de su prestigio profesional. Es decir, la historia del doctor Estricnina se irá diluyendo al paso de los meses y los años. Es muy probable que ello le cueste a mi amigo grandes sacrificios, pero está dispuesto a renunciar al honor del éxito, a las felicitaciones y a la fama, con tal de que Dave se entregue y confiese.

Joy se estremeció junto a mí. Un momento antes, su cuerpo estaba cálido y aterciopelado, pero ahora su temperatura corporal

había descendido claramente y su piel estaba cubierta de esos granillos que todo el mundo llamaba coloquialmente «carne de gallina».

—Dave no se entregará. Jamás admitirá su locura —murmuró, pálida y ojerosa.

Me mordí los labios.

—¿Qué solución podemos adoptar, entonces? —pregunté, más a mí mismo que a la mujer que amaba.

—No lo sé —confesó ella, yerta.

De repente, me decidí. Descolgué el teléfono y marqué el número de Peter Caswell.

—Ve pensando en algo diferente —le dije—. Joy sospecha que su hermano jamás confesará per las buenas.

Mi amigo debía estar esperando mi llamada, porque dijo:

—Ya lo tengo pensado: tendremos que recurrir a la técnica del cebo humano.

—Explica eso con más claridad —rogué.

—Muy bien. ¿Qué es lo que atrae especialmente al doctor Estricnina?

—Los casos desesperados, la situación de los enfermos graves, la de aquellos que no tienen esperanza de curación —respondí inmediatamente.

—Justamente. Así que necesitamos a alguien que se preste a hacer de cebo —pronunció con irritable indiferencia—. Y lo necesitamos para bien del doctor Dave Goodmaker, puesto que en caso contrario tendremos que recurrir a otros medios menos ortodoxos, teniendo en cuenta que, hoy por hoy, representa el peligro número uno en nuestro país.

—¿Por qué recurrir a medios violentos? —clamé.

—Porque desgraciadamente no tenemos pruebas contra él —respondió el inspector del Yard—. Nuestro hombre es muy inteligente, no necesito repetírtelo, y tomó toda clase de precauciones para eludir a la justicia. Necesitamos pruebas contra él, pero si no las obtenemos habrá que ir directamente a... —vaciló— a cazarle.

Recapacité a toda velocidad.

Y propuse a Peter:

—Volvamos a hablar del cebo humano. ¿En qué consiste?

—Es fácil: tenemos que encontrar a alguien que se preste a hacerse pasar por enfermo incurable, por persona condenada a morir en medio de grandes sufrimientos. Una vez encontrada a la persona idónea, sólo queda una cosa: deslizar la noticia hacia el doctor Estricnina. Lo demás...

CAPITULO XIV

El reloj de esfera luminosa que llevaba en la muñeca derecha marcaba las tres y diez de la madrugada de un diecisiete de diciembre.

Llevaba once días encerrado en aquella habitación de la planta once del Centro de Oncología Kadriwall-Hammond.

Curioso: once días de encierro en la habitación ciento once de la planta once. ¿Era un signo de mala suerte...?

Caswell había conseguido una perfecta *mise en scène*: yo había llegado al Centro Kadriwall-Hammond en una ambulancia y desde el primer momento todos me trataron como a un enfermo incurable, desde las enfermeras hasta los médicos oncólogos que trabajaban en el sanatorio.

Por fortuna, las inyecciones que me ponían eran inocuas. Pero el ritual era el mismo que llevarían a término si yo fuera un enfermo desahuciado con la expectativa de morir en un plazo relativamente corto, víctima del cáncer que «corroía mis entrañas».

Todo esto tenía para mí un desagradable tinte morboso, dramático. Si me había ofrecido voluntariamente para interpretar aquel papel, ya puede suponerse que no era merced a ningún instinto masoquista, sino para evitar a Joy y a Dave otros padecimientos.

Los días habían transcurrido lentamente. No se permitía que nadie viniera a visitarme, ni poseía la posibilidad de comunicarme con el exterior.

Como a cualquier enfermo sin salvación, se me permitía fumar unos cuantos cigarrillos diarios y me traían dos o tres botellas de cerveza. Nada más.

Yo sabía que Dave podía llegar en cualquier momento. El poseía la suficiente habilidad y toda la inteligencia del mundo para salvar cualquier obstáculo.

Llegaría hasta la habitación ciento once con un estuche de cuero negro, dentro del cual guardaría la mortífera inyección de estricnina.

Créanme: no es ningún placer interpretar el papel que se me había asignado a mí.

Claro que Peter Caswell había establecido protección para mí. Pero ni siquiera me había explicado en qué consistiría tal protección.

A veces, yo buscaba una expresión de complicidad o solidaridad en los rostros de médicos y enfermeras que acudían a visitarme diariamente. Pero jamás capté un gesto amistoso,

solidario, entre ellos. Se me trataba como a un enfermo incurable y eso era todo.

Sólo al tercer día de estancia en Kandriwall-Hammond me llegó un mensaje de Caswell.

Lo habían introducido en un emparedado de jamón york y consistía en una nota diminuta de papel vegetal que decía:

«Nueva fuga de estricnina en el Saint Francis. Manténgase alerta y tráguese esta nota.»

¡Dios mío! *Manténgase alerta y tráguese esta nota.* Eso era todo lo que yo podía recibir de consuelo por parte de mi amigo.

Indudablemente, Peter había escrito aquella nota, pues yo conocía muy bien su letra redondilla y perfectamente delineada.

El mensaje era fácil de interpretar: el doctor Estricnina pensaba matar de nuevo y para ello necesitaba hacer acopio del veneno letal.

Juro que a lo largo de aquellos once días estuve en muchas ocasiones decidido a abandonar mi papel de víctima.

Pero pensaba en el rostro angustiado de Joy, en la amistad que siempre me había unido a Dave, y seguía soportando la inmovilidad obligada del lecho.

Y ahora...

Ahora eran casi las tres y media de la madrugada y yo no conseguía dormir. Hacia las diez, el sueño me había vencido. Debí conciliar el sueño durante varias horas, pero desperté bruscamente con la sensación de que algún peligro inminente me amenazaba.

Sin embargo, todo estaba en silencio en el pasillo exterior. A veces escuchaba los pasos rápidos de una enfermera que pasaba ante la habitación ciento once. Al cabo, los pasos se alejaban y volvía el silencio.

Todo en orden, todo perfecto.

Pensé en las recomendaciones de Peter Caswell.

—No se confíe. Goodmaker es un perfecto transformista; posee una capacidad increíble para interpretar cualquier papel, por difícil que sea. Piense que puede aparecer como una hermanita de la caridad, como un ministro presbiteriano o como un lord del Almirantazgo. Así que manténgase ojo avizor.

La recomendación era bienintencionada, pero ahora, muy cerca las cuatro de la madrugada, la noche parecía poblarse de fantasmas amenazadores.

No había más que la luz de la pequeña pantalla que iluminaba la mesilla metálica; el resto de la amplia habitación que me habían destinado permanecía en penumbra. Más allá, al fondo, la

puerta que comunicaba con el pasillo de acceso; a la derecha, la puerta del cuarto de aseo y a la izquierda el ventanal protegido por la cristalera y una persiana empotrable. El mobiliario era estricto: la cama, la mesita de noche de hierro, otra mesa plegable para las comidas y un sucinto armario pintado de blanco brillante.

Yo podía escuchar con claridad los latidos de mi corazón. A esa hora, todos los ruidos exteriores habían cesado por completo y sólo restaba el murmullo leve del corazón del hospital: las distantes máquinas, el sistema de calefacción, los pasos leves de algún empleado sanitario que se deslizaba como volando sobre el espejeante piso de los pasillos.

Y de pronto el crujido. *Crac*. Así de seco y conciso.

Mis nervios se alertaron y mis músculos se tensaron un poco. El ruido seco y tajante había sido percibido nítidamente por mis oídos y mis ojos escrutaban con ansiedad hacia la zona de penumbras donde se encontraba la puerta del cuarto de aseo.

«Imposible —pensé—. Imposible que Dave llegue por ahí.»

Había entrado una docena de veces en el reducido espacio del aseo. No había más que un baño no muy holgado y los restantes e imprescindibles aparatos sanitarios: un cubículo de dos metros por dos. No había nada, ningún alojamiento en el que una persona pudiera ocultarse. Una ventanilla de cincuenta por cuarenta centímetros, pero... a cuarenta metros de altura sobre el nivel de la calle.

Y, sin embargo, volvió a resonar el seco crujido: *crac*.

Y, luego, bruscamente, se abrió la puerta del cuarto de aseo y apareció Dave Goodmaker.

—¡Dave! —exclamé, sin poder contenerme.

Mi sorpresa era lógica, pues Peter Caswell me había prevenido acerca de los disfraces que podía utilizar mi ayudante de la Morgue.

Sólo que Dave aparecía disfrazado de sí mismo. Es decir, no llevaba gafas y vestía un traje gris, bien cortado, pero con un enorme desgarrón en la manga izquierda. Sus cabellos rubios, un tanto pajizos, estaban despeinados, lo cual era anormal, pues mi amigo se preocupaba siempre de llevar la cabellera bien ordenada.

Por lo demás, no parecía agitado ni siquiera emocionado. Estaba allí, a unos tres metros de distancia, contemplándome fijamente, sin odio y sin simpatía.

Era como un empleado eficiente que se dispone a cumplir con un deber incómodo, pero que jamás renunciará a seguir a rajatabla los dictados de su obligación.

Estaba allí *para matarme*.

Lo vi en el brillo loco de sus ojos verdiazules, en la parsimonia con que alisaba sus cabellos, en la forma reposada con que se sacudía unas motas de polvo de las solapas de su impecable traje desgarrado.

Entonces no podía sospecharlo, tal era mi sorpresa, pero después sabría que Dave Goodmaker había llegado hasta la habitación ciento once... saltando de modo suicida desde una ventana del pasillo al ventanuco de aireación de mi cuarto de aseo. Y todo ello a una altura de cuarenta metros sobre el pavoroso vacío.

Nos miramos durante unos segundos. Yo dije:

—No quiero que lo hagas, Dave.

Y él, apretó las mandíbulas y respondió:

—Debo hacerlo, Clive. Por tu bien.

Y dejó su estuche de cuero negro sobre la mesa plegable en la que me servían los almuerzos del hospital, sacó una jeringuilla, la ampolla, la aguja y lo dispuso todo ordenadamente. Luego rompió la ampolla, absorbió la solución, ajustó la aguja finísima en el cono metálico y...

—Es inútil, Dave. Esa ampolla no contiene estricnina; apenas una solución de color aproximado —dije, seca la garganta y sintiendo locas palpitaciones en las sienas.

Se detuvo. No se movió un solo músculo de su rostro. Al parecer, estaba pensando sobre el significado exacto de mis palabras.

—La ampolla no contiene estricnina, Dave, sino un líquido inofensivo. Sabíamos que robabas estricnina del laboratorio del Saint Francis Hospital y cambiamos las ampollas auténticas por otras que sólo contiene agua destilada y coloreada —insistí.

Su reacción fue tan rápida, que estuvo a punto de costarme la vida. De repente, arrojó los objetos que tenía en ambas manos y metió una de ellas en el bolsillo de su chaqueta, sacó el bisturí y saltó sobre mi cama.

Sólo en el último momento fui capaz de reaccionar. Giré a la izquierda, salté y caí, rodando, al suelo. Todavía pude oír el rumor del afilado acero desgarrando las ropas de la cama.

En ese momento, la cristalera de la ventana saltó hecha añicos y dos hombres penetraron en mi habitación y cayeron sobre Dave, que seguía apuñalando torpemente el colchón de mi lecho.

—¡No le golpeen! —grité. Y me puse en pie.

Dave se retorció sobre el lecho como una serpiente y movió la mano armada con el bisturí. Uno de los hombres —un policía del

Yard— dejó escapar un gemido y cayó hacia atrás con el pecho cruzado por una línea rojiza.

Justamente entonces se abrió la puerta del pasillo y penetró una avalancha de personas, encabezada por el inspector Peter Caswell. Pero Dave reaccionó con la velocidad habitual en él. De un salto alcanzó la puerta del aseo, la traspasó y cerró por dentro.

Al cabo de unos segundos, escuchamos un alarido espeluznante. Los policías salieron de mi habitación, se oyeron voces excitadas, carreras y exclamaciones heterogéneas.

Luego volvió Peter.

—Se ha arrojado al vacío. El doctor Estricnina se ha estrellado contra el suelo —pronunció, abatido.

Al pronto, no comprendí.

—¿Cómo...?

—Dave ha optado por la vía tremenda, Clive. Se ha suicidado —repitió con voz queda.

Poco a poco me dejé caer sobre la cama, giré sobre mí mismo y comencé a sollozar mansamente.

EPILOGO

Ayer fuimos a echar una tranquila ojeada a la tumba de Dave. Llovía. Una especie de leve llovizna que ni siquiera llegaba a empapar nuestros cabellos.

Joy me presionaba el brazo y yo respondía rozando sus rubios cabellos con mi mentón.

—Fue mejor así. Dave hubiera sido muy infeliz —dijo.

Estuve de acuerdo. No había culpables ni inocentes. Sólo el azar, la casualidad, el destino que traumatizó a un niño tierno e indefenso y le convirtió en un loco equivocado.

Apresuré el paso. La lluvia era fina —aguanieve—, pero la temperatura era muy cruda y ambos nos estremecíamos bajo nuestros abrigos.

En la calle estaba esperándonos Peter Caswell, cerca de su automóvil.

—Os llevo —ofreció, decidido—. Podíamos tomar una copa de jerez en el *pub* de Monks Lane.

Miré a Joy. Sus ojos, de un azul limpiísimo y tierno, quedaron fijos en los míos.

—Antes... queremos ir a visitar a Glen McDonald —respondí—. Nos han dicho que mejora cada día, que dentro de unos meses le darán de alta, que va recuperando poco a poco el aspecto de una persona normal.

—Bien, os llevaré a verle —accedió el policía del Yard—. Pero después tomaremos esa copa de jerez, ¿eh?

Joy y yo estuvimos de acuerdo. Nos habíamos merecido una copa de jerez.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.